

EL CARDENISMO
EN LA REVOLUCIÓN MEXICANA;
CONFLICTO Y COMPETENCIA
EN UNA HISTORIOGRAFÍA VIVA*

Luis Anaya Merchant

Universidad Autónoma del Estado de Morelos

Como una “esfinge”¹ el hombre de Jiquilpan, Michoacán, continúa siendo un misterio en el terreno de las interpretaciones de la revolución mexicana. Un misterio cubierto de mitos, de imágenes arraigadas en la percepción popular, alimentado por el neocardenismo, por apologías,² por

* Agradezco los comentarios, sugerencias y críticas de mis colegas en el seminario desarrollado en El Colegio de México, para la formación de este volumen de aniversario, así como a mis compañeros en el Center for U.S.-Mexican Studies, UCSD, San Diego.

¹ Al parecer el mote se le impuso más bien tardíamente en el contexto de la promoción de la candidatura presidencial, a su antiguo aliado y colaborador Miguel Henríquez Guzmán. E indicaba, además de misterio e intriga, silencio e impredecibilidad. Rasgos que contrastan con los apodosos por los que era conocido entre los callistas, de “chamaco” y “lazarillo”.

² Las apologías vienen con frecuencia de colaboradores cercanos, como su ex jefe de Estado Mayor Presidencial, PAREYÓN, *Cárdenas* y de los exiliados españoles, FOIX, *Cárdenas*. Más recientemente de los neocardenistas, GILLY y CÁRDENAS, *Tres imágenes del General*, pero también del sello populista del prísmo setentero, que marca por ejemplo la amplia empresa de divulgación de BENÍTEZ, *Cárdenas y la revolución*, así como del festejo de su centenario, ARREOLA CORTÉS, *Lázaro Cárdenas*. En la

legítimas y apasionadas manifestaciones de simpatía y por campañas de propaganda de los más diversos orígenes y fines. Un enigma que ha conocido polémicas originadas entre “conservadores”, “progresistas” y radicales y que han terminado por generar un caleidoscopio o, en palabras de Knight, un juego de “humos y espejos”: la mistificación de la antigua “tradición de Tezcatlipoca”.³ Naturalmente, vista desde otro ángulo la metáfora del misterio tiene lógica y obedece a explicaciones históricas. En principio tiene la utilidad de no reducir la complejidad histórica del personaje, Lázaro Cárdenas del Río (1895-1970). Una complejidad “naturalmente” ampliada por la tendencia a igualar al personaje con sus pretendidos seguidores y con su periodo presidencial: a Cárdenas con los cardenistas y con el cardenismo. A la “esfinge” con el decurso y límites de su régimen.

Pero hay más, pues sin duda la historiografía “cardenista” marca un hito decisivo para las interpretaciones de la revolución mexicana: en su terreno éstas deliberan con mayor intensidad los significados, logros y alcances de aquélla.⁴ Por decirlo así, el cardenismo aparece como el momento privilegiado de la Revolución y donde la problemática clásica del análisis histórico (el viraje entre la continuidad y el cambio) parece encontrar su mayor cúspide; la gran ola

mayoría de los casos reiteran lugares comunes de sus andanzas vernáculas y los temas bordados en los treinta. Circunstancia similar sucede con la apología neocardenista; véase CARMONA, *Vigencia del cardenismo*.

³ KNIGHT, “Lázaro Cárdenas, el caciquismo y la tradición de Tezcatlipoca”.

⁴ De aquí la pertinencia de continuos balances. Véase SEMO, “El cardenismo revisado”; KNIGHT, “Cardenismo: Juggernaut or jalopy?” y el ensayo antes citado. También, ALANIS, *El gobierno*.

nacionalista, internacionalista, agrarista, expropiatoria, intervencionista, socialista, cultural, etc., coincide para confirmarlo. La comparación con el todavía muy reducido número de estudios sobre los periodos inmediatos posteriores, el avilacamachismo y el alemanismo, resulta sintomática de esa situación de privilegio. También lo son las polémicas que suscitó a mediados de los cincuenta y que parecieron anticipar las del final de los sesenta, orientadas con la pregunta por el final de la Revolución y que, como es bien sabido, continuarían hasta bien entrados los ochenta.⁵

Han sido de tal intensidad los debates generados sobre Cárdenas y el cardenismo que todavía no se puede señalar un consenso en su caracterización sociopolítica ni siquiera entre estudiosos de orientaciones políticas similares. Por ejemplo, en autores de tendencia política de “izquierda”, es común caracterizar al gobierno de Cárdenas como un régimen burgués progresista y antiimperialista, como socialista pero militarizado y populista pero maquiavélico. Por su parte, escritores de “derecha” —donde los desacuerdos parecen menores— lo mismo lo enjuiciaron como un radical peligroso que como un importador de ideologías exóticas, un demagogo, un destructor de la propiedad, de la familia, la religión y, claro, de las instituciones electorales; su gestión sería valorada como la de un agitador comunista.⁶ Un

⁵ Ross, *Is the Mexican Revolution Dead?*

⁶ Una veta ampliamente explotada por la oposición católica que insistiría en la degradación moral del país, véase ELGUERO, *Ayer, hoy y mañana*; oposición que heredó la conducción de *El País*, la empresa periodística católica de Trinidad Sánchez Santos. Incluso con mayor distancia temporal y ya haciendo su “balance del avilacamachismo”, Correa no vaciló en calificar a Cárdenas como “el mandatario más impreparado, más ilu-

leit motiv crucial será su nacionalismo, que ha sido exaltado por historiadores mexicanos y extranjeros de una y otra vinculación política. Claro que el nacionalismo no genera ninguna imagen disonante con ninguno de los presidentes anteriores a la Revolución pues todos levantaron esa bandera, aunque no siempre exentos de duda, como le sucedió a Carranza al ser cuestionado por Villa o a Obregón por los Tratados de Bucareli. De esta manera, no parece exagerado afirmar que la historiografía cardenista se caracteriza por su desacuerdo o división sobre el legado de su régimen que simultáneamente se enjuicia como el triunfo y la negación de los “ideales” de la Revolución.

El propósito central de este trabajo es presentar esas diversas líneas de interpretación, siguiendo trabajos que sean representativos de las mismas, para ofrecer al lector una visión de conjunto de la evolución del régimen cardenista y de su líder. Interesa, entonces, presentar tanto las líneas abiertas por las nuevas revisiones historiográficas como las rejuvenecidas por el paso de los nuevos y los viejos tiempos.

Dividimos nuestro trabajo en seis apartados. El primero revisa su formación hasta su experiencia de gobierno en Michoacán. Aquí nos preguntamos si esa experiencia guardó similitudes con su desempeño presidencial; de igual modo, destacamos la “ciudadanización” de su imagen como político profesional. En el segundo observamos los mecanismos informales del proceso institucionalizador que condu-

so, más ensayista y más fanático que hemos tenido”. CORREA, *El balance*, y CABRERA, *Un ensayo comunista*, habría acordado con el sentido general de ése juicio.

jerón a su “elección”; sostendremos que ésta fue una imagen construida por el general quien, no obstante relocalizar la posición del ejército, no lastimó su fuerza. En el tercero, revisamos el peculiar proceso que conduce la ruptura con el callismo preguntándonos por los cambios que implicó para la recomposición de la clase política. El apartado cuarto revisa el ascenso de los movimientos laborales y su compleja relación con el cardenismo en tanto que ha sido lugar privilegiado para la caracterización del cardenismo dentro del paradigma populista. Relación que bajo el paradigma que lo caracteriza como populista corporativista marcaría el perfil no sólo de sindicatos y partido oficial sino la naturaleza misma del régimen. El quinto apartado aborda las discusiones en torno a una adecuada caracterización de su régimen que, como veremos, muchos trabajos remiten al estudio de su líder y de sus seguidores. A manera de conclusión intentamos, en el último apartado, hacer un balance de los logros y fracasos del régimen cardenista. Como podrá advertir el lector, el trabajo imbrica una descripción historiográfica y un seguimiento histórico del personaje y de su gobierno. Ésta fue la “estrategia” o “técnica” que decidí al redactarlo, en virtud (o defecto) de creer que era un modo de volver accesible la condensación de interpretaciones que se enfrentan o, en su caso, convergen en las interpretaciones sobre este periodo clave en la historia mexicana.

El ascenso de Cárdenas es inexplicable sin el asesinato de Obregón⁷ y sin las secuelas que le siguieron, tales como

⁷ LEÓN y MARVÁN, *La clase obrera*, subrayan el origen del cardenismo en el “mayor divorcio” entre “el movimiento sindical reivindicativo y la burocracia ‘cromiana’”.

la mayor fragmentación de las alianzas políticas de los grupos gobernantes, el debilitamiento de la otrora poderosa Confederación Regional de Obreros Mexicanos (CROM), el empeoramiento de las condiciones de vida que agravó la depresión estadounidense (por ejemplo, con el retorno masivo de braceros desde Estados Unidos), etc.; circunstancias que contribuirían a radicalizar acciones colectivas de campesinos, obreros, sindicatos de trabajadores de servicios urbanos, etc. Cárdenas estuvo en medio de esas atmósferas y logró, en una amplia medida, encauzarlas; por ejemplo, al refuncionalizar el papel del ejército desplazándolo del centro de la escena política a ser sólo una pieza —desde luego, fundamental— de una nueva alianza con obreros y campesinos. Este reposicionamiento podría ser integrado a su idea de pacificación del país y no sólo a dotar de un perfil distinto al Partido Nacional Revolucionario (PNR) que, por cierto, suele reducirse equívocamente a un mero cambio de nombre: Partido de la Revolución Mexicana (PRM). Un cambio que tenía como telón de fondo la formación de un frente popular antifascista y antiimperialista, nutrido por la retórica de la unidad obrera contra las “ofensivas reaccionarias” generadas ante el ascenso del nazismo, el fascismo y el franquismo.

Una última nota es importante: al entrelazar una descripción historiográfica cargada de elementos polémicos y una “secuencia” histórica igualmente rica en hechos significativos pueden desdibujarse las líneas que conducen este trabajo. Por eso conviene advertir que los apartados en que lo dividimos se corresponden con los problemas más abordados por la historiografía. En este respecto coincido con Knight en que el cardenismo se presentó “como un movimiento radical

que prometió un cambio sustancial”. Hay que subrayar, sin embargo, que esto tenía un elemento propagandístico que fue absorbido como una imagen válida. No hay duda de que gozó de importante apoyo popular (ligado, al inicio, con las expectativas generadas por su ruptura con el callismo) pero éste no se convirtió hacia formas de representación democráticas ni tampoco a una política de “puertas abiertas”. Tampoco puede subestimarse la fuerza de sus adversarios, aunque su resistencia sólo fuera velada, ni el hecho de que decisiones precipitadas o desatentas al uso eficiente de recursos limitarían significativamente sus logros. Ahora, como hace quince años, “estos argumentos no son nuevos ni sorprendentes”.⁸ Pero nuevos estudios del periodo, tanto como la más extendida visión crítica del neocardenismo permiten reevaluar su papel histórico y la aptitud de su líder para alcanzar sus metas en el “hostil terreno” donde transitó.

FORMACIÓN Y EXPERIENCIA DE GOBIERNO

De la historia personal de Cárdenas se ocupa toda la hagiografía con desiguales proporciones;⁹ en contraste, no hay un estudio biográfico suficientemente amplio y objetivo del personaje. La literatura coincide en su tipología social

⁸ KNIGHT, “Cardenismo: Juggernaut or Jalopy?” contribuyó decisivamente a la actual lozanía de la polémica historiográfica cardenista y a aclararnos, con trabajos de su “escuela”. Dos ejemplos muy claros son BANTJES, *As if Jesus*, y FALLAW, *Cárdenas Compromised*, las importantes diferencias de las problemáticas regionales y las estrategias seguidas por Cárdenas para atenderlas.

⁹ Quizá el caso más representativo del punto sean los tres volúmenes de BENÍTEZ, *Lázaro Cárdenas y la revolución*.

básica, sobre la que el general insistirá para reclamar sus orígenes populares. Una situación familiar modesta pero sin agobio de pobreza, en un pueblo “mestizo” de tradición liberal¹⁰ con siete hermanos, probablemente seis años de escuela (un promedio poco usual en la época), un solo empleo “formal” como “meritorio” en la oficina recaudadora de rentas de Jiquilpan (que por ser cabecera distrital concentraba la fiscalidad de los 14 pueblos aledaños). Oficio que desempeñaría simultáneamente con el de cajista de una imprenta (de la que llegaría a ser “socio”) y en donde la Revolución lo sorprendería. Hacia los 17 o 18 años de edad iniciaría su actividad revolucionaria sin que puedan identificársele motivaciones particularmente arraigadas o intensas.¹¹ Sus actividades iniciales, marcadas por la buena fortuna y los cambios oportunos, pueden considerarse normales e incluso grises dentro de “la bola”.¹² Vinculado tempranamente con zapatistas, se moverá entre jefes locales lo mismo en el carrancismo que en el villismo maytorenista, con sucesivos y poco aclarados intentos de regresar a la vida civil.¹³

¹⁰ Este origen parece tener más importancia para su evolución personal que el que la historiografía tradicional ha querido conceder. BOYER, *Becoming campesinos*, es uno de los pocos trabajos que ha llamado la atención sobre el resquemor con el que las haciendas michoacanas percibían a estos pueblos.

¹¹ Tampoco le parece necesario aclararlas a Cuauhtémoc Cárdenas o buscarlas a Gilly sino en “los aires de la revolución que apasionan a los jóvenes” o probablemente en el deseo de “fama” que “soñaba de noche”. Véase GILLY y CÁRDENAS, *Tres imágenes del General*.

¹² Juan Andrew Almazán, el camaleón de la Revolución, le atribuiría una vasta experiencia en “malabarismos político—militares e ideológicos” ya antes de 1925. Véase *El Universal* (23 nov. 1952).

¹³ Trabajando en La Perla, cantina de Guadalajara, ciudad a la que regresará en 1916 para albergar a su primera mujer, Juana María, e hija, véanse

Instalado en Sonora desde 1914, sus éxitos militares serán tan parcos como desiguales (lo mismo contra villistas que yaquis), aunque su buena suerte mejorará a la sombra del que reconocerá como su jefe y protector, Plutarco Elías Calles. Tendrá momentos difíciles en Michoacán durante el segundo semestre de 1918 (24 de julio a 24 de diciembre), fracasando en su persecución de los bandoleros Inés Chávez, Félix Ireta, Macario Silva, Jesús Cíntora y José Altamirano. En esas campañas correrá experiencias cercanas a la muerte que plausiblemente reforzarán el aplomo con el que sería reconocido. Los rebeldes, como su columna, morirán por la influenza que también diezmaría al zapatismo.

De esas andanzas militares se evidencia una formación militar, la más importante, como jefe del Sector de Papantla en la convulsa primavera de 1920. Continúa siendo la etapa más oscura de su vida su participación en el asesinato de Carranza.¹⁴ La evidencia citada, así como las circunstancias, apuntan a señalar que su participación fue importante. La complejidad del problema hace que sus más acérrimos críticos sólo acierten a subrayar el inicio de su meteórico ascenso, en principio a general brigadier, luego a gobernador provisional de Michoacán y jefe de zona militar también en Michoacán.¹⁵ Ocupado en la Jefatura de Operaciones Mili-

sus *Obras* y ABASCAL, *Lázaro Cárdenas*.

¹⁴ MÁRQUEZ, *El verdadero*. Cita cartas de invitación de Cárdenas a Herrero para secundar el movimiento obregonista que ultimaría a Carranza. Una de éstas referiría la orden de Cárdenas a Herrero para incorporarse con su gente a la comitiva de Carranza, a quien debía atacar. Cárdenas habría asegurado a Herrero el beneplácito “de los más altos jefes del movimiento”. Véase, CEH-Carso, XXXI-2, c. 4, 628: reproduce la nota mecanografiada firmada por el coronel de caballería Lázaro Cárdenas.

¹⁵ Véase ABASCAL, *Lázaro Cárdenas*.

tares participó deslucidamente contra la rebelión delahuertista. Su carrera militar transcurriría en la opacidad hasta su participación contra el escobarismo en 1929; en la iconografía de la época se le puede ver escoltado por curtidos militares a los que se asimila con la mayor armonía.

No obstante su acrisolada experiencia militar y que posteriormente regresaría en forma “natural” a los mandos castrenses (1942-1945), el general Cárdenas se autodefiniría como un político y a su gobierno como uno de civiles. Es de llamar la atención que la historiografía no haya destacado las implicaciones de este tránsito, quizá por el hecho de que no fue demasiado abrupto, pues cuando lo aceleró, al comienzo de los años treinta, ya era un paso inducido en el ambiente político; un camino recorrido por presidentes anteriores que se “ciudadanizaron” pese a su pasado militar. Era, sin duda, una tensión que había cargado la atmósfera política en las campañas presidenciales de 1928. No obstante, en la iconografía de su campaña y de sus primeros años de gobierno puede observarse una esmerada atención por acentuar una nueva imagen civil en sus formas externas de vestido, de actitud e incluso en las escenificaciones y en la selección de las imágenes de propaganda de su campaña presidencial.¹⁶ De igual modo, la retórica del candidato transformará la percepción de su pasado; en Ciudad González, Guanajuato, en medio de un ambiente crispado por tensiones con las centrales obreras callistas, CROM y CGT, Cárdenas pregonaría: “conozco mis obligaciones y no me olvido

¹⁶ El mejor ejemplo es SOTO CÁRDENAS, *Reseña*. Desde este enfoque parecería pertinente una reinterpretación del ascenso del personaje. En KRAUZE, *El sexenio*, pueden apreciarse otros buenos ejemplos de esa “cuidada casualidad” de sus actitudes y escenarios.

de mi origen. Pertenezco a la misma clase que ustedes. Fui, antes que el hombre público, obrero de un modesto taller y leal a mi clase que fue la que me llevó al poder”.¹⁷ Sin embargo, su retórica no logrará convencer a los comunistas, que en voz de su candidato a la presidencia, Hernán Laborde, le lanzan el cargo de haber roto huelgas siendo jefe de operaciones en Veracruz y de repetir la misma conducta siendo gobernador michoacano en Nueva Italia y Lombardía.¹⁸ Estos líderes no olvidaban las tensiones que marcaban su complicada relación con militares de altos vuelos.

Mención aparte merece su experiencia administrativa y política en el gobierno de Michoacán (1928—1932). Experiencia relativamente relegada hasta que Ginzberg y Oikión renovaran con minuciosos trabajos académicos un debate que bien podría haber empezado con las memorias cáusticas de Victoriano Anguiano Equihua.¹⁹ Además de las campañas contra el analfabetismo y el fanatismo religioso o sus ensayos de reforma agraria como ejes de su trabajo, Ginzberg atendió también la gestación de nuevos municipios como nuevos centros de poder político en el intento cardenista de minar el poder de los terratenientes. En su estudio acentuó el talante conciliador del general frente a la Iglesia, así como una mayor comprensión del peso del fenómeno religioso en las tensiones agrarias y en las orga-

¹⁷ La pregunta podría ser ¿cuál de todas las “clases” que encarnó? Véase SPENSER, “*Unidad a toda costa*”, doc. 16.

¹⁸ SPENSER, “*Unidad a toda costa*”, doc. 2, Monterrey (13 may. 1934).

¹⁹ ANGUIANO EQUIHUA, *Lázaro Cárdenas; su feudo*. Excepciones indirectas son MÚJICA, *La Confederación*; ZEPEDA, “Los pasos de Cárdenas”. Seguidor de Benigno Serrato y reconocido como callista, a Anguiano le duraría poco el gusto por la pronta desaparición de sus jefes.

nizaciones sociales como efecto del *modus vivendi* generado por los acuerdos de 1929. Citando a Guerra Manzo,²⁰ Cárdenas “intenta aprender de los errores” del gobierno previo de Mújica; la moderación —insistiría Guerra— marcará su gobierno. Por demás interesante es la ironía advertida por Boyer de la organización militarizada que pretendió dar a los movimientos sociales, así como los límites que pronto se observaron en su experimento.²¹

También Oikión²² realiza un examen de la interrumpida gestión de Cárdenas en Michoacán (18 meses efectivos de 4 años legales) intentando incorporar las tensiones introducidas por movimientos políticos más amplios, como la campaña política de 1929 o la participación de Cárdenas contra la rebelión escobarista del mismo año. Actuaciones que, sin duda, le valieron mayor estimación ante Calles y Ortiz Rubio. Como en el caso de Ginzberg, es de destacar la interacción del gobernador Cárdenas con la Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo (CMRDT), un engranaje importante en el incipiente funcionamiento del (PNR), pues mediante esta experiencia, además de consolidar su propia posición frente a adversarios y competidores políticos, pudo afinar su trato directo con organizaciones de masas bajo la bandera de defensa de los asalariados; bandera que sería levantada por los cardenistas en su conflicto con el callismo. Recuperando a Maldonado,²³ Oikión recuerda que la CRMDT actuó en la política estatal como un partido sin registro. Su participación en el reparto agrario —“141

²⁰ GUERRA MANZO, *Caciquismo*.

²¹ BOYER, *Becoming Campesinos*, pp. 226-229.

²² OIKIÓN, *Los hombres*.

²³ MALDONADO, “La Confederación”.

663 hectáreas para 15 753 campesinos y comuneros de 181 pueblos”—, en la organización de cooperativas, en promover la educación, en su tendencia anticlerical o en sus políticas fiscales para promover empleos indicaba, sin duda, que el Michoacán cardenista —pese a los contrastes que puedan establecerse con otros estados donde prevalecía una retórica de mayor radicalidad— era también otro de los denominados laboratorios de la Revolución. Un laboratorio en el que la disciplina del pueblo rural operaba para convertirlo en un actor político, “una clase campesina” con intereses más o menos cohesionados.

Un campo importante de su experiencia gubernamental en Michoacán se liga al fenómeno religioso, que ha sido explorado acuciosamente por Marjorie Becker,²⁴ quien ha demostrado plausiblemente que no es fácil disociarlo de problemas de disputa agraria, ni de identificaciones étnicas ni del ancestral autorrespeto de los pueblos. Estos campos de investigación de la cultura política han sido explorados por la renovación/revisión historiográfica que ha atravesado, en general, a los estudios de la revolución mexicana en las últimas dos décadas. En sus “aplicaciones” cardenistas se puede observar como un punto neurálgico, por ejemplo, la abigarrada conformación ideológica campesina de la época. El mismo concepto de campesino, es claro, no existía antes del movimiento armado de 1910. Su construcción conceptual sería producto de la efervescencia política posrevolucionaria durante los años veinte y treinta. Claro, su posterior abigarramiento ideológico en el campo no coincidió con la interpretación que de ella hacía la recién encumbrada clase

²⁴ BECKER, *Setting the Virgin*, y “Black and white and color”.

político militar. Esto está en el fondo de la incompreensión carrancista de esa ideología “campesina” y de la que Cárdenas —pese a su moderación anticlerical— participaba en al menos un sentido esencial cuando reducía las motivaciones campesinas de participación revolucionaria al deseo de posesión de tierras, a los pequeños robos y al ascenso militar. Por otra parte, apenas resulta imaginable que en su cotidiano entendimiento y tensión con altos militares revolucionarios, burguesías pueblerinas, políticos y líderes oportunistas, o en el ir y venir de cargos públicos en los que apenas se daba tiempo para gobernar, Cárdenas reuniera la paciencia suficiente y la intuición antropológica para comprender el espíritu religioso de los pueblos indígenas. Su precipitada respuesta a los conflictos ahí derivados lucía como un costo menor ante problemas e intereses mayores.

Cárdenas y los cardenistas habían conquistado, como antes habían hecho los sonorenses, “el derecho” a reconstruir el Estado mexicano; en éste podrían cometer todos los errores imaginables con excepción del de provocar nuevos levantamientos populares. De aquí el interés por liberar a las grandes masas campesinas de los enemigos históricos: la Iglesia y los grandes hacendados.²⁵ Al respecto, la experiencia del gobierno michoacano no podría sino presentar

²⁵ En especial es de llamar la atención lo poco que escribieron estos últimos para confrontar el cardenismo, aunque naturalmente externaban sus críticas a través de litigios, periódicos, manifiestos públicos o de sus abogados como en Yucatán con Gustavo Molina Font. Una de las excepciones fue MARTÍNEZ DEL RÍO, *El suplicio*, en el que combatió la denigración de la imagen general del hacendado como hambreador, inmoral, ausentista, etc., así como la versión de PINCHÓN, *Viva Villa*, que habría dado origen, en su hacienda de Santa Catalina, en Durango, a la famosa leyenda de Pancho Villa.

claroscuros por la complejidad de los procesos en los que se cometían errores y abusos que semejan los de otras entidades. Así, los fracasos en la estabilización política michoacana también se explican por el despliegue de una resistencia popular —minimizada por la historiografía tradicionalista— efectivamente movilizada en oposición a las políticas educativas, agrarias y religiosas llevadas a cabo por Cárdenas y no sólo por el giro a las políticas que llevó a cabo su sucesor, Benigno Serrato. No hay duda de que Cárdenas obtendría lecciones de sus experiencias y del contraste con otras realidades estatales, pero tampoco hay que desapercibir que era muy fácil repetir errores y que las políticas homogéneas avanzaban poco, pues había diferencias importantes en las actitudes de las poblaciones mestizas y las de los pueblos indígenas del occidente del país. En todo caso, ensayos como el de Becker han abierto una pauta para conciliar la imagen del conservadurismo rural y la reforma agraria en la estrategia de Cárdenas, pues él habría aprendido que “no era necesario destruir cada vestigio de la cultura rural” para consolidar el control estatal, como otros carrancistas y líderes más radicales de la Revolución sí parecieron concebir.

En tal sentido, él parece haber reflexionado sobre su experiencia michoacana cuando, al inicio de su gobierno nacional, advirtió que no incurriría

[...] en el error cometido por administraciones anteriores de considerar la cuestión religiosa como un problema preeminente al que se subordinen los demás aspectos de la revolución [...] el objetivo principal de una administración revolucionaria consiste en llevar a cabo transformaciones de carácter social y económico.²⁶

²⁶ Discurso citado en SPENSER, “*Unidad a toda costa*”, doc. 16. Manuel

Entendería más bien que, para consolidar tal programa, era necesario un nuevo “pacto”. O quizá habría que llamarle una nueva alianza social, la que promovió activamente —a veces comunicándola mal, otras entendiéndose peor y siempre siendo objeto de manipulación— para ser aceptada por las masas trabajadoras y con ello ganar legitimidad. Las grandes transformaciones sociales montadas en una nueva alianza aparecen como una de las fuentes donde mana una idea crucial al cardenismo y sus ideólogos: que la Revolución terminaba con este gran movimiento social realizado por y para los campesinos. Es del todo curioso que nuevos apologetas, como se observa en Gilly, no hayan partido de este punto sino que incluso lo hayan combatido desde la idea de la revolución inconclusa,²⁷ idea por cierto compartida con nacionalistas radicales.²⁸ Aunque, claro, la inconsistencia en la posición de Gilly puede comprenderse por el lapso temporal que se abre entre la aparición de la revolución interrumpida y el vigoroso surgimiento del neocardenismo que vino a precipitar una resignificación de la paternal imagen del “Tata” Cárdenas pero también de su proyección

Gómez Morín, cuyo naciente partido Acción Nacional respaldaría la candidatura de Almazán, observó que “Cárdenas no tenía un sentido antirreligioso activo y virulento como lo habían tenido los gobernantes inmediatamente anteriores”. Véase WILKIE y MONZÓN, *México visto*.

²⁷ No deja de haber una paradoja en la observación aguda y menos ideologizada de Cabrera que atribuyó también a Cárdenas un concepto de Revolución “continua e indivisible”, es decir: permanente; aunque Cárdenas insistía en diferenciarse de la anterior. Véase CABRERA, “Las dos revoluciones”, p. 215, que por compilar textos publicados en la prensa podría confundir al lector pues integra artículos y comentarios de fechas distintas. Consciente de esto Cabrera agregó puntos suspensivos a algunos capítulos indicando *Veinte años después... de 1913, de 1917...*

²⁸ GOJMAN, *Camisas*.

“ciudadana”, en la importante coyuntura de 1988. No está de más observar, por último, que además de Luis Cabrera, otros intelectuales de la época percibieron las vetas que dejaba abiertas tal “inacabamiento” con el que se percibía a la Revolución en los años treinta. Un ejemplo, claro de ello ocurre en “la idea del plan” de Jorge Cuesta:

Los nuevos pretendientes al poder no tienen sino dos caminos para ganar méritos políticos propios que den legitimidad a sus ambiciones: proclamar que la revolución no ha triunfado aún, por deficiencia de sus hombres o [...] por deficiencia de sus principios y métodos. Estas dos actitudes políticas, derechista la primera, e izquierdista la segunda, se dividen el campo de la oposición.²⁹

ELIGIENDO A CÁRDENAS: LOS MECANISMOS INFORMALES DEL PROCESO INSTITUCIONALIZADOR

La explicación del meteórico ascenso de Cárdenas a la primera magistratura del país es una preocupación constante en su amplia historiografía y en ella la influencia del tiempo ha dejado una clara impronta.³⁰ Por supuesto, la versión que

²⁹ Véase “La idea del plan y el ‘plan sexenal’”, en CUESTA, *Ensayos*, pp. 115-131.

³⁰ SEMO, “El cardenismo revisado”, trazó una analogía cercana al momento en que escribió su trabajo: la elección le pareció una suerte de “*perestroika* callista” y se debió a que Cárdenas enarbolaba bien “los tres ismos de la Revolución: agrarismo, nacionalismo y anticlericalismo”. Aunque, como hemos visto, Cárdenas se cuidó de caer en el último. Y añade: “las razones del viraje son todavía oscuras. ¿Quería contemporizar al régimen con las nuevas corrientes de la política y la economía mundiales (se refería al New Deal y a la economía social de la socialdemocracia alemana, por cierto, ya bastante agotada)? Semo si-

se popularizó más tempranamente es despreciativa: el “chamaco” dócil al jefe máximo. Posteriormente, con la “mitificación” del personaje, sobrevivirá la idea de la dependencia pero matizándose bajo el signo de la “premeditada” ruptura política con Calles, mostrando así al alumno que supera al maestro: es la forja del gran Maquiavelo. En una tercera línea, que podría situarse en el revisionismo, los esfuerzos se concentran en revalorar su experiencia política previa (trayectoria militar, jefaturas de operaciones, secretarías de Estado, gobierno michoacano y conducción del PNR). En esta línea aún faltan, sin embargo, trabajos más sistemáticos, por ejemplo, en las redes de sociabilidad militar o en el seguimiento de las actuaciones que le llevarían a aparecer como un revolucionario confiable ante Obregón y Calles.

Desde entonces, su elección parece tanto o más difícil de aclarar que su rompimiento con Calles. A ello contribuyen varios factores: primero, que el descrédito de Calles en sectores importantes de la clase política (obregonistas anticallistas, diputados ortizrubistas) aparezca siempre posfechado (en 1935 y 1936 y no antes). También, en segundo término, que se haya minimizado la amplitud de ese descré-

túa al cardenismo en una comparación amplia: la búsqueda de terceras vías en medio del enfrentamiento y agotamiento de los modelos políticos tradicionales. Sin embargo, la autocomplacencia de Calles respecto al tutelaje político que ejercía sobre Cárdenas no parece justificar tal refinamiento, recuerda más el pragmatismo que le caracterizó y la permanente duda de elegir el “mal menor” y el “más a modo” para su comprensión del país. En la coyuntura de 1933-1934, “el mal menor” oscilaba entre Cedillo, Amaro, Cárdenas y Almazán; el popularmente bautizado grupo “CACA”. Todos generales: dos pretorianos, dos más políticos, uno más conservador y otro más enigmático. Probablemente, era una *perestroika*; notoriamente, carecía de *glasnost*.

dito entre sectores populares donde los católicos, antirreleccionistas, vasconcelistas son apenas los más conocidos pero a los que hay que agregar las oposiciones locales interesadas en ascender como sucedió con múltiples sindicatos obreros no controlados por las federaciones regionales.³¹

No obstante que el “gran elector” acusara una disminución en el consenso popular, de esto no debiera colegirse que su intervención no fue decisiva en la sucesión de 1934. Por el contrario, tampoco cabe presuponer que las “crisis” importantes de los gobiernos del maximato fueran exclusivamente debidas a maquinaciones del poderoso grupo callista, pues también expresaban, como sucedería a Cárdenas, las dificultades que tenía el callismo para “unificar” o disciplinar a personajes y grupos que le disputaban órganos de control federales y —sobre todo— estatales. El predominio del poder nacional y, en éste, el del grupo más importante, no implicaba la inexistencia ni mucho menos la ineficacia de los poderes locales.

En este sentido de oportunidad actores colectivos independientes solían tener actitudes similares o compatibles con las de importantes y ambiciosos personajes de la clase política como Juan Andrew Almazán, Saturnino

³¹ Actores que, pese a sus posteriores críticas, aplaudirán a Cárdenas la “virilidad” de su ruptura con el callismo o la paulatina y selectiva apertura religiosa que moderó al “fanatismo musulmán”; luego le reclamarían, entre otras cosas, aceptar dos herencias de su antecesor: la educación socialista y el PNR. De la primera se deshizo tarde y el segundo lo recompuso para empeorarlo pues con el PRM continuó siendo “un doloroso mito el sufragio popular”. La elíptica alusión oriental es también de PÉREZ-VERDÍA, *Cárdenas apóstol*; igual le reprochó permitir “el desarrollo del sindicalismo hasta un extremo que pone en peligro” al mismo gobierno.

Cedillo, Joaquín Amaro, Antonio Villarreal, Maximino Ávila Camacho, Francisco Mújica, Manuel Pérez Treviño y, obviamente, el propio Cárdenas, quienes percibían en Calles una obstrucción para el ascenso y consolidación no supe-ditada de sus carreras; sentimiento que parecía compartido por las nuevas generaciones de políticos jóvenes que busca-rían espacios a la sombra de Cárdenas. No hay duda de que la neutralización de Calles estaba en la agenda oculta y poco confesable de personajes de primera línea, tal y como lo estuvo, de manera explícita, en el seno del antirreeleccionis-mo, del gómez-serranismo, el vasconcelismo, etc., y que en el primer lustro de los treinta no perdieron ánimos aunque sí la mayoría de las batallas. Tampoco cabe olvidar que Calles, quien era más viejo que Obregón, fabricaba liderazgos débi-les en su camarilla con los cuales buscaba contrapesar a riva-les potenciales (tal y como sucedió en 1929 en su alianza con Emilio Portes Gil contra Aarón Sáenz, también obre-gonista “ortodoxo” pero más “aristocratizado” y con una base de apoyo muy fuerte y más amplia que la del presidente provisional); en tal sentido, ¿acaso podría considerarse una casualidad, un lapsus, que continuara llamando “chamaco” al experimentado general Cárdenas por sus 38 años de edad?

En cualquier caso los libelos de campaña, que luego podrán ser leídos como apología, tienen la peculiaridad de convertir en méritos los naturales malabares de un militar transformándose en político de alto relieve. Entre las bio-grafías de campaña hay que mencionar en primer término la firmada por Juan de Dios Bojórquez, pues llevaba implícita la firma de Calles.³² Escrita en 1933, hoy (y también ayer) se

³² BOJÓRQUEZ, *Lázaro Cárdenas*. Véase la carta enviada por Abelardo L. Rodríguez a Bojórquez, junio de 1935, en la que le reclama distin-

leyó como propaganda o, más correctamente, como el “des-tape”. La cercanía de Bojórquez con el “caudillo” encauzaba los “tanteos” que pronto se harían realidad, amén de que la primicia sería premiada por Cárdenas al designarlo como secretario de Gobernación de su primer gabinete. Con un pasado conservador, otro callista más sinuoso, Manuel Puig Casauranc, en su conocida *Galatea*, por cierto escrita en la lejana Buenos Aires y a “toros pasados”, 1935-1938, da testimonio de un Cárdenas premonitoriamente más independiente de Calles. Con más oportunidad (*timing*) en el terreno de la literatura adulatoria de la época, Manjarrez y Ortiz Hernán publican su “biografía” cuando ya Cárdenas era el candidato del partido oficial.³³ En esta última línea, propiamente de campaña oficial, se ubican también las primeras dos obras de su futuro cercano colaborador, el general Antolín Piña Soria, así como la de Villamil.³⁴ Naturalmente, estos trabajos de exaltación tienen la impronta de las obras por encargo aunque también la paradoja de haber alimentado, *ex post*, las vetas principales de la imagen paternalista del futuro pero aún muy joven Tata.

En el caso de los anteriores trabajos parece más fecundo identificar el “lugar social” que define la intención propagandística del autor que analizar su contenido, por lo

guirse “en hacer aparecer al General Calles como dictador”, definiendo la sucesión presidencial de 1934. Véase en HERNÁNDEZ, *La mecánica*.

³³ MANJARREZ y ORTIZ, *Lázaro Cárdenas*.

³⁴ PIÑA, *Cárdenas. Apuntes; Cárdenas socialista*. La tercera, escrita unos años después, *El presidente Cárdenas y la inmigración*, se concentró en un perfil humanitario. VILLAMIL, *El visionario y el hombre*. REYES, *Cárdenas humano*, p. 132; que, tratándose fundamentalmente de un anecdotario, se diferencia de las anteriores por escribirse poco después de la muerte de Cárdenas.

general reiterativo y que trilla sobre el estilo de cualquier candidatura previa o pasada de la era revolucionaria. Así, aunque luego se integre a los cardenistas de primera línea, la adulación de Piña Soria procede de las filas de la CTM, de la que era miembro distinguido. Desafortunadamente es muy complicado, por su prematuro deceso, definir si la escritura del trabajo de Manjarrez, ex gobernador poblano y conocido editorialista de *El Nacional*, tanto como la de Piña, correspondían a un encargo institucional o procedían de una motivación más propia. Los motivos institucionales de Almazán al escribir su libro de propaganda a favor de Cárdenas que, infortunadamente, éste le pidió no editar,³⁵ quizá sean menos claros pero entre los personales parecían contarse motivos similares a los que externaría Cárdenas poco tiempo después: la necesidad de distanciarse del caudillo. En contraste, otros podrían ser revisados bajo ángulos distintos. Así, por ejemplo, el amplio esfuerzo de Soto Reyes requeriría también un amplio análisis iconográfico o uno que dé cuenta de la influencia que ejerció sobre autores como Fernando Benítez.³⁶ Merece también mayor atención José Manuel Corro Viña,³⁷ quien bajo una primera

³⁵ Además de manifestar su simpatía por el candidato el libro tenía la intención “de exhibir a los políticos voraces de 1930 y 1931”. ALMAZÁN, *Memorias*, p. 27.

³⁶ Véase SOTO, *Reseña*.

³⁷ José Manuel Corro, “El gobierno del General Cárdenas en Michoacán”, o CORRO, *Cárdenas frente a Calles* (que sería traducido para el consumo estadounidense como *Cárdenas, President of Mexico, in front of Calles*, un año después de la ruptura con el jefe máximo; CORRO, *El presidente Cárdenas ¿nos lleva hacia la dictadura del proletariado?*; véase también su *Lázaro Cárdenas frente al odio de los sectarios*, que

impresión podría aparecer haciendo apologías simples, pero que se ejerció en aclarar las razones del distanciamiento y simultáneamente deja ver sus diferencias con cardenistas de segunda línea.³⁸

Una vía de explicación menos explorada sobre su elección podría ubicarse en la circunstancia de la calculada ambigüedad del “apochado” Abelardo Rodríguez,³⁹ la no menos estudiada y forzada declinación de Pérez Treviño, y el acercamiento de Cárdenas con Rodolfo Elías Calles y Saturnino Cedillo. Pero su candidatura debe encuadrarse también en una perspectiva contrastante con los “sectores” de apoyo a Pérez Treviño quien no sólo tenía un perfil más conservador sino también estaba más vinculado con los sectores obregonistas del callismo. En este marco también es necesario reevaluar el impacto de la depresión internacional, la que con el regreso de braceros ya había empujado a Rodríguez a reanudar los repartos agrarios.

escribió como respuesta a “catorce denigradores del General”, uno de los cuales debió ser Eduardo Correa.

³⁸ CORRO VIÑA, *¿Sucesión o reelección del Presidente Cárdenas?* Tensión que involucró al coronel Pareyón y al general José Manuel Núñez.

³⁹ Véase su carta a Calles de 30 de mayo de 1933, en MACÍAS, *Plutarco Elías Calles*. Ya el 5 de ese mes también lo ensalzó como “elemento disciplinado” dentro del ejército y el PNR, sin aspiraciones por la presidencia “pero al mismo tiempo le reconozco dos grandes defectos: primero, que se deja adular por personas interesadas, y segundo que es afecto a dar oído a los chismes”. Apenas habría que señalar que Cárdenas supo cómo granjearse y adular a Calles; de manera que Rodríguez veía como defecto dos características del modo de hacer política en la época, que Cárdenas desarrolló hábilmente.

¿HAY CAMBIOS CON LA RUPTURA?

A diferencia de los enfrentamientos de Emilio Portes Gil, Pascual Ortiz Rubio y los menos frecuentes de Abelardo L. Rodríguez contra el “jefe máximo”, el de Cárdenas sería exitoso. No hay duda de que esto sería de gran mérito y de que procedía de una cuidadosa reflexión de las prácticas políticas vigentes, sobre todo si se considera que no recurrió a una abierta campaña de violencia directa, como la que supuso el movimiento escobarista, la represión del vasconcelismo o el oscuro atentado contra Ortiz Rubio y las no menos veladas maniobras políticas que condujeron a la renuncia de este último. En este punto habría que señalar, con Michaels, que entre los objetivos primordiales del gobierno cardenista estaba el fin de la violencia política al tiempo que ensayaba reforzar el de la justicia social.

En el concierto de terminar con el empleo de la violencia política y asegurar la paz social se perfiló una nueva concepción del uso del poder. Aunque Cárdenas sería sumamente cuidadoso en preservar el control de los medios de coerción y en primer lugar del ejército, al que pronto reincorporó a antiguos militares carrancistas y zapatistas opuestos “típicamente” a callistas y obregonistas.⁴⁰ Entonces, es necesario

⁴⁰ Véase HERNÁNDEZ, *La mecánica*, describe algunas de las sustituciones y coyunturas en las que ocurrieron así como otras alianzas significativas no limitadas exclusivamente a definir a sus aliados como “los enemigos de sus enemigos”. La reciente historiografía regional se ha ocupado de brindar más detalles de estos complicados asuntos. Es de llamar la atención la recuperación que hicieron Obregón y Calles de antiguos villistas, como ha destacado ALMADA BAY, *La conexión Yocupicio*, trabajo que enfatiza la importancia que tenía la consolidación de la paz “sin derramamiento de sangre” en Sonora y, simultáneamente, el debilitamiento

subrayar, como poco se hace en la historiografía revisionista y aún menos en historiadores de filiación conservadora, que Cárdenas no se alienó del interés por construir una paz orgánica, ni que ésta continuaba siendo una tarea inacabada del callismo. Perseguía ese objetivo justamente porque la violencia política, e inclusive la social, habían sido un asunto normal de su gobierno en Michoacán y sería consuetudinario en su gobierno nacional. Eso explica que la empleara sólo muy estratégicamente y no fuera el eje de su modo de hacer política. Aquí parece necesario dar crédito a su propio dicho, cuando “confiesa” explícitamente desear no haberla empleado; el caso más notorio fue la rebelión de Saturnino Cedillo, cuya muerte lamentó en su diario.⁴¹

Explícitamente siempre habría elegido “la persuasión”,⁴² aunque hechos significativos para la consolidación de su régimen y que suponían cambios rápidos —como el control del Congreso— implicaron —indeseablemente— asesinatos políticos (11 de septiembre de 1935) o “accidentes” misteriosos.⁴³ Desde luego, el conflicto con Cedillo o la amenaza de rebeliones que cuestionaban al Estado sería tratado en una perspectiva y en una escala distinta a la de los asesinatos selectivos. No obstante que en Cárdenas se puede concebir un nuevo ejercicio del poder público, también es notorio

del callismo. Factores que harían aceptable a Yocupicio, “un enemigo del enemigo” que no podría ser definido como aliado cardenista.

⁴¹ MARTÍNEZ ASSAD, *Los rebeldes vencidos*, documentó ampliamente la rebelión cedillista; de igual modo ANKERSON, *El caudillo agrarista*.

⁴² Enfatizada en las versiones de su imagen oficial, véase, por ejemplo, KRAUZE, *El sexenio*.

⁴³ Como el oscuro caso del gobernador michoacano Benigno Serrato. Véase KRAUZE y DE LOS REYES, *General misionero*; ANGUIANO EQUIHUA, *Lázaro Cárdenas; su feudo*.

que durante su gobierno la violencia social era un fenómeno vigente y no debería ser fácilmente desvinculado de la enrarecida atmósfera mundial de competencia y conflicto entre los modelos de organización sociopolítica: nazismo, monarquismo, democracia, fascismo, socialismo, etc. Después de todo, muchas naciones conocieron esas disputas no sólo como fracturas o divisiones sociales sino directamente como guerras internas e internacionales.

Esas divisiones también abrevaron sus razones en motivos externos pero también en añejadas causas políticas internas y en el deterioro de las condiciones económicas acentuadas en 1930-1931 por la depresión de 1929. En los años treinta esas divisiones se renovaron con politizadas formas de xenofobia popular que darían origen a organizaciones radicales de derecha como los sinarquistas o el Comité pro Raza o la Acción Revolucionaria Mexicanista (ARM), los famosos Dorados de Nicolás Rodríguez. En su origen estos grupos de clases medias bajas urbanas y semirurales participaron en una vigorosa campaña a favor del consumo nacionalista, lo que en los hechos respaldó al gobierno de Ortiz Rubio. Además de caracterizarse por su racismo, estos grupos ultracatólicos solían ser conservadoramente hispanistas y proclives a disciplinas paramilitares, por lo que no extraña que fueran anticomunistas. Alicia Gojman ha estudiado ampliamente la conflictiva y complicada relación que mantuvieron con el régimen cardenista, así como el recelo y vigilancia que ordenó Cárdenas cuando estos grupos se “codearon” con el nazismo.⁴⁴ Es de destacar que al enrarecido ambiente de nacionalismo xenófobo

⁴⁴ GOJMAN, *Camisas*.

que caracterizó la década de los treinta en México se hayan agregado motivos de mayores fracturas sociales por efecto de las transformaciones cardenistas sin que se desplegaran amplias campañas de violencia estatal. Hasta qué punto se puede explicar esto bajo una nueva concepción del uso de la coerción estatal, no es algo inmediatamente claro. Tampoco parece aceptable “una respuesta que homogenice al país” pues al tiempo que Cárdenas dirigía su nacionalismo a compromisos de reforma social en una escala hasta entonces no vista, sus opositores, además de restringirse por intereses más focalizados, no dispusieron de los recursos necesarios para retar creíblemente su autoridad.

Las causas, consecuencias y el significado de la ruptura con el poderoso grupo callista han sido motivo de interés para una amplia gama de historiadores y científicos sociales como Córdova, Ianni, Medin, Benítez, Hernández, Pacheco y Anguiano entre muchos otros.⁴⁵ Sobre todo los sociólogos han prestado atención al papel que jugó la gran emergencia o ascenso del movimiento obrero (manifiesto en el incremento de huelgas⁴⁶ y respaldado en la retórica del propio Cárdenas), simultáneamente como causa y consecuencia de la consolidación de su régimen. Sin embargo, sólo recientemente se ha destacado la relevancia que tendría, en ese notable auge, la Ley Federal del Trabajo de 1931. Midelbrook considera que su rápida promulgación reflejó la preocupación del Congreso por contener el conflicto social crecido

⁴⁵ MEDIN, *Ideología y praxis*.

⁴⁶ De esta “epidemia” de “huelgas locas” hay un seguimiento en SOSA, *Los códigos ocultos*. Desde luego, la prensa de la época aporta gran cantidad de información al respecto.

con la crisis.⁴⁷ Existió un amplio proceso de incubación del movimiento cuyo mayor ascenso aceleraría el “desmoronamiento de Morones” tal y como lo caricaturizó el conocido artista Fernando Soto *Mantequilla*. Broma con la que expresaba el debilitamiento de la CROM que aprovecharon muchos sindicatos para crear nuevas agrupaciones. O, como la CTM, para consolidarse y formar una alianza más estrecha con el régimen, lo que éste canalizaría de forma instrumental para materializar sus políticas, lo que en muchos lugares implicó la confrontación con sindicatos locales. Sin embargo, estudios como los realizados para los casos de Tlaxcala, Sonora, Yucatán y Puebla evidencian que esa experiencia no fue fácil; frecuentemente supuso la formación de ligas sindicales rivales a las impulsadas por el Estado cardenista, así como la sustitución de cuadros de origen revolucionario por políticos profesionales o actores más interesados en su beneficio privado.

El viejo anhelo revolucionario de las autonomías locales apareció en múltiples y normalmente conservadoras facetas con las cuales tuvieron que congeniar las políticas cardenistas. Tal sucedió en la montaña guerrerense, donde la capacidad adaptativa de viejos caciques adoptó fachadas cardenistas para cubrir sus abusos.⁴⁸ En Puebla el ascenso del sindicalismo coincidió en 1936 con el del conservadurismo y con el gobierno caciquil de Maximino Ávila Camacho, quien como otros gobernadores se dio a la tarea de controlar la junta de conciliación local para someter a obreros corporativamente o para encauzar su movilización a fines pro-

⁴⁷ MIDELBROOK, *The Paradox*.

⁴⁸ GUILLINGHAM, “Ambiguous missionaries”.

pios. En Sonora, con el “diluvio de denuncias de cetemistas” locales contra el gobernador Román Yocupicio se realizaron intentos para contrarrestarlo, fundamentalmente porque no gozaba de la confianza de Cárdenas. El contraste es claro con peticiones similares que no recibieran el mismo interés obrerista de Cárdenas; así, envió a su secretario de Defensa, Manuel Ávila Camacho, para investigar abusos cometidos por el gobierno de su hermano mayor. Obviamente este tipo de comisiones minaban la credibilidad del régimen en sectores medios y populares. Vaughan nos recuerda que, en la campaña por la gubernatura poblana, Maximino lanzó un programa “antisocialista y procatólico”. Obviamente no quería una “SEP radical” como la que combatió Yocupicio y tampoco una Confederación Campesina “roja” como la que intentó minar Adolfo Bonilla en su gobierno de Tlaxcala. Por circunstancias similares en Yucatán, Palomo Valencia realizó complejas alianzas con miembros de antiguas y nuevas oligarquías, siendo entonces también un buen ejemplo del pragmatismo con el que las provincias obstaculizaron el federalismo que promovían las instituciones cardenistas. Se trataba, como era de esperarse, del obstáculo combinado de empresarios o hacendados que rechazaban el ascenso de la intervención gubernamental y la propia resistencia de los gobernadores a la expansión de la jurisdicción de los poderes federales. Desde luego, esto ya ocurría antes del gobierno cardenista, por lo que también es buen ejemplo de las continuidades que ocurrieron a lo largo de los regímenes posrevolucionarios. No obstante las formas que adoptara el conservadurismo para prorrogar su existencia, debía enfrentar los ensayos de transformación cardenista (en donde triunfó, era normal que los cacicazgos anteriores intenta-

ran ser sustituidos por unos más afines a sus aliados) en los que, por cierto, no siempre perseguía romper los delicados equilibrios políticos que tanto han caracterizado a la provincia mexicana, como sucedió en Oaxaca, donde la complejidad de las tensiones entre los distintos actores políticos y regiones dificultaba cualquier solución de corto plazo.⁴⁹

Testigos de la época nos recuerdan que la intensidad de las “giras” de Cárdenas como candidato en realidad se prorrogaron al primer semestre de su gobierno (en el que apenas gobernó) dado el interés de ausentarse de las intrigas palaciegas del gabinete callista y reforzar una imagen popular propia, y no sólo por su hábito de no “resolver asuntos de gobierno detrás de un escritorio”.⁵⁰ Así, los “961 actos públicos” de campaña y los muchos más recorridos de Cárdenas por el territorio nacional acentuaron la imagen de siempre escuchar con preferencia las necesidades populares y entender sin intermediarios los cambios de las complejas realidades campesinas y urbanas.⁵¹ A juicio de Luis Cabrera, este contacto empírico le dio un “conocimiento de nuestras necesidades nacionales, superior al que hubiera podido acu-

⁴⁹ SMITH, “Defending ‘our beautiful freedom’”.

⁵⁰ SOLÓRZANO, *Era otra cosa la vida*, emplea la expresión citada que podrían haber compartido Castellano, Victoriano Anguiano, Pedro ALMADA, *99 días*, y muchos otros. KLUCKHOHN, *The Mexican Challenge*, p. 205, afirmaría que constituía un organismo político propio previniendo la ruptura con su mentor.

⁵¹ Entre los panegiristas que buscaron “el justo medio”, retratándolo no “de perfil sino de cuerpo entero” y que escribieron durante los años cincuenta se enfatiza el “don de saber escuchar”. Aunque también se afirma: “como de costumbre, Cárdenas toma cualquier camino sin decir lo que se propone”, lo que evoca una ironía de ese “don”; véase PINEDA, *Presencia*, pp. 23 y 37.

mular leyendo muchos libros, y una cultura mejor que la que hubiera adquirido viajando por el extranjero”.⁵² Era un mundo pragmático en el que los intereses de los hombres no se confesaban en las páginas de sus libros. Prefería estrechar directamente la mano del pueblo, escudriñar las intenciones de adversarios y gobernar siguiendo el “plan sexenal” elaborado por el Partido Nacional Revolucionario (PNR) en 1933. Por cierto, un programa que solo difícilmente podría ser calificado de armónico y en el que se reclamaba, como a la presidencia anterior, la lentitud del reparto agrario y el analfabetismo.

En sus giras se empeñaba en “halagar, mimar y persuadir al pueblo”. No hay duda de que estos empeños cimentarían su popularidad y con ésta “su personalidad echó raíces propias”. El cálculo fue bueno pues pronto la usó como arma⁵³ al iniciar el conflicto con Calles en junio de 1935; además le facilitó afirmar sus poderes constitucionales y redefinir el liderazgo del PNR con el apoyo de Emilio Portes Gil. Le sirvió también para desconocer antiguas deudas políticas que podrían lastrar sus decisiones y la imagen que quería forjar. Una manifestación de esto ocurrió unos meses después al afectar propiedades de Calles y de connotados callistas, como Abelardo Rodríguez, a quien podía añá-

⁵² CABRERA, “Las dos revoluciones”, con éste término recogía un dicho, casi conceptual, de Cárdenas: “la revolución de entonces y la de hoy”.

⁵³ CABRERA, *Un ensayo*. Obra que también compila artículos periodísticos y cuya “Cruzada del Mayab” desarrolla la idea de la conquista moderna, “nuevo viaje” o gira de trabajo en la que empleó no las viejas espadas españolas sino las nuevas armas de la propaganda y “un batallón de empleados, un regimiento de maestros, una cuadrilla (peligrosísima) de economistas, un retén de reporteros y un estado mayor de secretarios”.

dir el pretexto de la inmoralidad y el vicio promovido en sus casinos, cuando le clausuró el Agua Caliente en Tijuana; el Foreign Club, en Naucalpan y el Casino de la Selva en Cuernavaca. Símbolos vivos de la elitización de la gran burguesía posrevolucionaria y de los ensayos por impulsar nuevas fuentes de riqueza en el turismo criollo y extranjero. Sin embargo, el significativo acto no fracturó todas las fuentes de riqueza del ex presidente, como tampoco lo hizo para otros afectados.⁵⁴ No pareció intentar, por decirlo así, capturar “peces gordos” sino, simplemente, hacer un doble gesto: el aviso político y el moralizador, o quizá más correctamente, el de la no indiferencia estatal frente al abuso de políticos enriquecidos y al de compañías y negocios privados que pudieran degradar los anhelos del cambio social impulsado por la Revolución.

Es difícil no compartir la percepción de que la revisión de actos de corrupción se orientaba selectivamente hacia los enemigos políticos; así sucedió, por ejemplo, cuando las compañías petroleras intentaron dividir a los sindicatos corrompiendo a líderes venales. Con ellos instigaban robos, pequeños boicots y rebeldías para obstaculizar la producción. Como el ensayo de las petroleras coincidió con los momentos más álgidos de la expropiación, los seudolíderes fueron encarcelados pero pronto fueron liberados por el gobernador de San Luis Potosí, Saturnino Cedillo, en cuya

⁵⁴ Como la expropiación del ingenio de El Mante a la sociedad Plutarco Elías Calles—Aarón Saénz. El listado que hizo Cárdenas de los afectados en sus *Palabras*, 1935, “Discurso a los trabajadores del país”, del 22 de diciembre. No está claro si se indemnizó a los trabajadores de los casinos clausurados.

jurisdicción ocurrieron los incidentes.⁵⁵ Un tratamiento distinto recibían las denuncias sobre Lombardo Toledano o sobre funcionarios del Banco Nacional de Crédito Ejidal, que ocurrían lo mismo en Yucatán que en La Laguna: “todos ellos tienen flamantes Packards o Lincolns, y como buenos financieros han empezado a doblar las ganancias para sus personas, en comisiones fraudulentas, en las que ganan millares de pesos. Y eso no es todo”, señalaba la conocida feminista Concha de Villarreal en un artículo publicado por el camaleónico diario *Excelsior*, pues

[...] el gobierno federal y el pueblo deben saber que en los Bancos Agrarios de La Laguna se sigue una doble contabilidad, recargada con gastos hipotéticos, porque cada agente hace de su empleo un negocio individualista. Practican también otros negocios que les dejan pingües ganancias, como vender clandestinamente a fabricantes de pocos escrúpulos algunas toneladas de semillas de algodón, de las que anualmente les quedan.

Villarreal no omitió comentar sobre el silencio de los “compañeros campesinos”: “ellos saben que sus asesores los están defraudando, pero tienen miedo de hablar y más miedo tienen de exigir”. Y remató:

En los ejidos de La Laguna faltan mando, capacidad y honradez por parte de los dirigentes del ejido. Son hombres que se dicen colaboradores de Cárdenas, pero que no hacen más que traicionarlo a vuelta de su espalda.⁵⁶

⁵⁵ La nueva reclusión de los inculpados sólo ocurriría en octubre de 1938 y por la acción de obreros opositores. Véase ADLER, “Experiments”, pp. 88 y ss.

⁵⁶ Véase *Excelsior* (1º ago. 1938).

Si bien pareció que la denuncia dormiría el sueño de los justos, un par de semanas después de que Villarreal alzara la voz, el ingeniero Carlos Peralta, director del Banco Nacional de Crédito Ejidal, pidió licencia de cuatro meses a fin de que se dilucidaran los cargos que se hacían en su contra.⁵⁷ Sin embargo, el caso estuvo lejos de ser esclarecido y Peralta no fue requerido para una revisión a fondo de su gestión.

Bajo el cardenismo no es perceptible el desarrollo de una estrategia política consistente o definida por el “progreso moral”: una cruzada contra la corrupción.⁵⁸ Al menos esta última no fue registrada por el agudo ojo de Mariano Azuela (véase su *Avanzada*, y especialmente su *Nueva burguesía*) o por el viejo liberal Luis Cabrera.⁵⁹ Tampoco le pareció así al ascendente polemista Manuel Moreno Sánchez, en su

⁵⁷ Véase *Excelsior* (15 ago. 1938).

⁵⁸ En todo caso, también debe observarse que los actos de corrupción no parecen haber pertenecido a un grado superior respecto de los existentes en gobiernos precedentes. Por supuesto, el problema citado es de complejidad mayor; sin embargo, ni los peores detractores del presidente Cárdenas le reclaman haber trasmutado las corruptelas de sus colaboradores en la formación de un Estado corrupto, como sí ocurrió en la presidencia de Miguel Alemán; desde luego, podría señalarse que la incubación de este nuevo y deformado Estado ocurrió bajo el avilacamachismo. Al respecto véase NIBLO, *México en los cuarenta*.

⁵⁹ Véanse AZUELA, *Nueva burguesía*, CABRERA, “Las dos revoluciones”. En su censura contra la revolución agraria cardenista Cabrera recordaba que el problema era doble, uno de tierra y otro de libertad de trabajo. “Nosotros pretendíamos que el ejido fuera un medio de emancipación del campesino, no un nuevo sistema de esclavizarlo; nosotros pensamos en el ejido como en *un sistema transitorio*, para pasar del feudalismo latifundista a la pequeña propiedad; nosotros pensamos en la desaparición de la hacienda como régimen de esclavitud, pero no en la desaparición de la propiedad privada.”

exploración sobre la ambivalencia del régimen,⁶⁰ ni al joven académico estadounidense Whetten en su visión sociológica de la “fragilidad humana”;⁶¹ tampoco los comunistas creyeron que Cárdenas se lanzara a fondo en esta empresa a la que tanto lo incitaban en sus mítines. Tampoco parece haber sido secundada por los cardenistas (entre los que hay que contar a familiares cercanos enriquecidos en su administración). Comenzó entonces a evocarse la “natural” codicia o la ya aludida “fragilidad” para explicar las fallas e ineficiencias del *statu quo*, que en el curso de la siguiente década dejarían de ser ocasionales para convertirse en sistémicas.

EL ESTADO Y EL ASCENSO SINDICALISTA OBRERO CAMPESINO

La relación de los movimientos obreros con el régimen cardenista ha sido uno de los temas predilectos para historiadores y científicos sociales. El ascenso de aquéllos marca el cenit de la “democracia de los trabajadores” y la posibilidad, diría Medín siguiendo al propio Cárdenas, de una suerte de “socialismo mexicano”; tal construcción o vía serían distintivas por seguir la pretendida originalidad del modelo revolucionario mexicano. Pero precisamente el régimen cardenista sería atacado por distorsionar dicha vía; por

⁶⁰ “Cárdenas no realizó la revolución social, sino que abrió los cauces de la industrialización dentro del sistema capitalista en que México se encuentra y que de ese modo fue fortalecido.” Véase MORENO “Más allá de la revolución mexicana”, y “Un estudio norteamericano sobre Cárdenas”, en cuyo análisis específico le preocupa poco la corrupción cardenista porque “no es fenómeno nuevo”, ni “pudo ser más escandalosa que la anterior”, aunque a lo largo del texto ofrece argumentos y ejemplos de sus múltiples manifestaciones.

⁶¹ WHETTEN, “The rise of a middle class in Mexico”.

ejemplo, De Anda y Luis Cabrera censurarían la política cardenista porque ni la propiedad comunal, ni la guerra contra el capitalismo privado formaban parte del programa original de la Revolución.⁶² Independientemente del formalismo subyacente a esta posición, es del todo sugerente que De Anda atribuyera mayor influencia al ambiente de los años treinta (a los grandes movimientos de masas, a la deificación totalitarista del Estado o al New Deal que complacía el intervencionismo estatal) en “la distorsión cardenista” que muchos sociólogos posteriores. No obstante el acento sobre el reparto cardenista de la tierra, conviene observar que esto no fue exactamente un dilema, pues como nos recuerda Larroa Torres, en su apresurada defensa del ejido, Cárdenas vislumbró una doble vía en el desarrollo agrario en la que la pequeña propiedad sería inafectable.⁶³

Si de originalidades y modificaciones se trata hay que recordar el concepto de Corro Viña, “la política de masas en contra de la política de los hombres”. Con este concepto intentó una caracterización propia del cardenismo que posteriormente sería enriquecida reflexivamente por Shulgovski,⁶⁴ pero particularmente por Córdova quien realizó uno de los ensayos que más ha influido en la his-

⁶² DE ANDA, *El cardenismo*. En el auspicioso verano de 1912, Madero tachó de absurda la pretensión de “que el gobierno fuese a adquirir todas las grandes propiedades para repartirlas gratis entre pequeños propietarios” pues “no tendría dinero suficiente para tal operación ni contratando un empréstito tan colosal que únicamente sus réditos causarían la bancarrota del país”. Es claro que el argumento socorrido tiene un doble carácter: por un lado formalista y por otro económico. Es decir, el maderismo no la mencionó originalmente y la idea era ruinosa.

⁶³ LARROA, “Cárdenas y la doble vía del desarrollo agrario”.

⁶⁴ SHULGOVSKI, *México en la encrucijada*.

toriografía cardenista y en el cual nuevamente la ruptura Calles-Cárdenas aparece como símbolo del rompimiento con el paradigma moderado de la Revolución: es el partea-guas del régimen. El complejo contexto de la profesionalización del ejército revolucionario, las tensiones implícitas en la formación de un Estado menos liberal y más dispuesto a intervenir en el mercado y el vertiginoso ascenso del movimiento laboral “redondean” el crucigrama.⁶⁵ A su juicio, “las jornadas de junio y diciembre de 1935 y enero de 1936 contra el callismo, no sólo conjuraron de una vez y para siempre toda oposición dentro de los círculos del poder al movimiento laboral”, sino que también “consolidaron la unidad entre los grupos revolucionarios y sirvieron para acelerar la cohesión y organización nacional de los trabajadores”. Sin embargo, se trataba de una nueva “unidad” de élites y una nueva “cohesión” de clase, que presentan una imagen demasiado homogénea, por un lado, en la clase política y, por otro, en la obrera (que sólo se corresponde epifenómicamente con la expropiación petrolera), pero dicha unidad no puede extenderse como un buen argumento para el temprano y nada articulado inicio de la querrela por la sucesión presidencial o para elucidar las pugnas internas de la CTM.

Las organizaciones campesinas conocerían procesos de sindicalización tan o más exitosos que las de los obreros, como sucedió en La Laguna, donde Martínez ha observado que su éxito constituyó una gran paradoja, a la que siguió una formidable derrota para jornaleros y bonanceros.⁶⁶ “El Estado ganó una clientela: los ejidatarios”, pero

⁶⁵ CÓRDOVA, *La política de masas del cardenismo*.

⁶⁶ MARTÍNEZ SALDAÑA, *El costo social de un éxito político*.

el que salió perdiendo fue el gran movimiento campesino de jornaleros y peones, porque en adelante tuvieron la tierra pero no controlaron su producción [...] El estado jugó una carta contundente: por una parte resolvió el problema de la huelga, por otra, le quitó poder a una coalición de obreros-campesinos, única en el país hasta ese momento.

El reparto le permitió organizar “desde arriba” esta peculiar clientela y “así, paradójicamente”, el éxito de su coalición trajo su propia derrota. Ésta no fue la única lección temprana que dejó ese reparto, pues entre la multiplicidad de actores que intervenían en él, también existieron las opiniones profesionales y científicas que predecían los daños que efectivamente se causaron al ciclo hidrológico de la región.⁶⁷

Las organizaciones campesinas locales tendrían un peso decisivo en la política de los estados como lo percibió Ramírez Rancaño en su estudio sobre Tlaxcala. Sus pautas evocarían muchas semejanzas con el caso de Sonora estudiado por Bantjes o el de Michoacán por Ginzberg o el de Durango por Navarro y el de Yucatán por Fallaw, donde los enfrentamientos entre las organizaciones obrero campesino locales y las impulsadas bajo la égida federal de Cárdenas fueron normales.⁶⁸ Entre estos autores se revela con claridad no sólo la consabida importancia, el peso definitorio, así como

⁶⁷ Circunstancia que se repetiría nuevamente en la presa del Palmito y que se había presentado en la de Don Martín, y varios años antes en el sistema de irrigación núm. 1, presa Plutarco Elías Calles en Pabellón de Hidalgo, Aguascalientes. Sobre la complejidad de los problemas en La Laguna véase WOLFE, *Water and Revolution*.

⁶⁸ RAMÍREZ, “La organización obrera y campesina”; FALLAW, *Cárdenas Compromised*, NAVARRO, *El cardenismo en Durango*.

el poco respeto que tenían los gobernadores hacia las leyes federales, sino también las complejas maquinaciones que suponía el ascenso a una gubernatura. La inestabilidad y los frágiles equilibrios políticos encuentran en los estudios regionales una densidad que escapaba casi por completo a las generalizaciones realizadas por la mirada olímpica de los poderes federales. Como señala Bantjes para el caso sonoreense del gobernador Yocupicio, no se trataba solamente de las reediciones de viejos caciques, sino en la mayoría de los casos eran “nuevos patronos”; este distinto perfil se orienta en el sentido del “control de los poderes burocráticos, del empleo, de los recursos financieros, las oportunidades de negocio y las maquinarias políticas”, lo que es perfectamente conciliable con la vieja relación patrón cliente que también subsistiría reformulada con nuevas legitimaciones revolucionarias. La novedad, sin embargo, no obsta para observar la preservación del pistolero y las guardias blancas en sus formas más típicas: los pueblos de Sonora, Durango o Yucatán, como muchos otros del Bajío o del sur del país no eran lugares seguros para vivir. En este renglón la era cardenista no parece guardar grandes diferencias con la callista.

El inescrupuloso uso de la violencia constituía un “patrón similar” en la provincia mexicana, siendo frecuente que los gobernadores entraran en connivencia con intereses de propietarios y de élites. Los grados podían diferir pero este patrón es común, como observa Knight en los casos citados, o en Chiapas, Puebla, Veracruz y San Luis Potosí “donde el final de Cedillo no lo fue del cedillismo y mucho menos del caciquismo”.⁶⁹

⁶⁹ KNIGHT, “Cardenismo: Juggernaut or jalopy?”.

Los sociólogos se han interesado mucho en los procesos de reorganización de las centrales, federaciones y sindicatos obreros durante el cardenismo, aunque sus generalizaciones difícilmente podrían ser aceptadas; Durand, por ejemplo, constata que “el movimiento obrero llega dividido al cardenismo, aunque continúa siendo independiente del Estado”.⁷⁰ De su argumentación se derivará que por las inconexas y contradictorias acciones de líderes obreros y por “la política de masas” (definida en sentido más populista que bonapartista) se invertirán las variables; es decir, ocurrirá la unidad obrera pero con dependencia del Estado cardenista. De Basurto se puede derivar una interpretación distinta y prototípica, aquí el núcleo central de tensión está “en el desarrollo económico del país dentro de un nacionalismo que forzosamente tenía que chocar con los intereses del imperialismo norteamericano”.⁷¹ Se trata, si no de un prurito teleológico, sí de un problema “estructural” agravado por “la burguesía ligada a los intereses norteamericanos y la reacción política capitaneada por Calles”. En tal circunstancia, la rivalidad de la fracción moronista (“apoyada por Calles” y no convencida aún de que sus días de gloria habían pasado) y los ascendentes sindicatos todavía independientes lucharan por el control del movimiento obrero. El nuevo poder sindical se mostrará con esplendor en la

⁷⁰ DURAND, *La ruptura de la nación*, refleja bien el tipo de aproximaciones sociológicas que intentaban reevaluar, en los ochenta, la relación del cardenismo y el movimiento obrero; una exigua revisión de algunas fuentes hemerográficas, un bajo nivel de conocimiento sociológico de los personajes citados, una reconstrucción “lógica” de los hechos a partir de contradicciones generalizadas y una imagen estática de protagonistas a los que se atribuyen más conductas doctrinarias que pragmáticas.

⁷¹ BASURTO, *Cárdenas y el poder sindical*.

Cámara de Diputados donde alcanzarán más de 30 curules. En medio de esta pugna popular y cupular, de ascenso de las luchas obreras y de su empleo para causar recíproco daño a sus líderes, es lanzada la Confederación de Trabajadores de México (CTM) como otro proyecto cartelizador de sindicatos, pero apoyado por connotados cardenistas y por Vicente Lombardo Toledano, también ascendente líder ex cromista y por líderes comunistas interesados en constituir un frente popular. Durante las elecciones de 1934 una de sus consignas “contra la posible implantación de un régimen fascista” sería: “¡Ni con Calles, ni con Cárdenas!”; pero, como hemos visto, esta visión se modificó inclinándolos a seguir al cardenismo en lo que luego recordarían como un error.⁷²

Resulta interesante contrastar los testimonios de testigos cercanos al ascenso del movimiento obrero con los de sociólogos posteriores, así Fuentes Díaz vio en la política del Frente Popular “Unidad a toda costa!” y en el IV Consejo Nacional de la Confederación de Trabajadores la semilla de la división entre la CTM, los sindicatos nacionales de la industria y el PCM, lo que implicaría la debacle de dicha “Unidad” y lo que es más importante: la posibilidad de que sectores descontentos nutrieran las filas del reflujo contrarrevolucionario anticardenista que se manifestó en “la marejada almazanista”, el “nazifascismo sinarquista” y el “fortalecimiento del sector derechista” en torno a Manuel Avila Camacho.⁷³ En fin, “las fuerzas de rectificación anticardenistas” prosperaron no sólo por la “tremenda embestida almazanista” sino por las purgas encabezadas por ese

⁷² ANGUIANO y PACHECO, *Cárdenas y la izquierda mexicana*.

⁷³ FUENTES, *Ascenso y descenso*.

sector derechista del PRM (por ejemplo en Puebla) que terminaron por debilitar al movimiento obrero y diluir la ilusión cardenista. Cárdenas insistiría, hacia los años sesenta, en haber dejado suficientemente organizadas a las fuerzas populares del país para defender los éxitos alcanzados. Ello, claro, pese a no haber dejado a un sucesor afín a sus políticas. ¿Subestimó acaso la importante centralización de los poderes federales que él mismo llevó a cabo?

Por último convendría señalar lo poco que se ha explorado el punto de si el control corporativo (“la dictadura burocrático-cacical”, la llamó García Treviño)⁷⁴ que emerge del gobierno de Cárdenas es un producto exclusivo de su acción, o más bien “requirió” o “fue posible” gracias a “condiciones previas”, como la silenciosa pero eficiente campaña de eliminación de líderes obreros y campesinos radicales emprendida por el “pistolerismo” que marcó los años del callismo. En todo caso es evidente que la convocatoria para una alianza entre el ejército y los sectores populares dotaría de una nueva organicidad a la estabilidad social. Las movilizaciones que apoyaron los repartos agrarios fueron parcialmente posibles mediante un rearme pactado entre los campesinos beneficiados y el ejército.

Todos estarían de acuerdo en que el papel de los movimientos de masas es central para el cardenismo, aunque quizás no todos estarían de acuerdo en que se trata de un papel subordinado. La subordinación final o plena al Estado, en tanto que logra mayor homogeneidad en su control, sólo aparecerá con nitidez al triunfo del charrismo con los Ávila Camacho y Miguel Alemán.

⁷⁴ GARCÍA TREVIÑO, “Agrarismo revolucionario”.

EL CARDENISMO DE CÁRDENAS

Como ya señalamos, uno de los puntos que más polémica ha generado en la historiografía cardenista es la caracterización sociopolítica del régimen. Las primeras caracterizaciones procedían de líderes del Partido Comunista Mexicano (PCM) y tenían la finalidad práctica de orientar su acción política.⁷⁵ Hasta antes de su ascenso definían la Revolución como democrático-burguesa asignándole la tarea de eliminar el “feudalismo” agrario, la reacción y elevar las condiciones de vida del pueblo. En su esquema cabía entera la nueva casta político-militar de la Revolución así como obreros y campesinos aprendiendo a convivir, aliarse, pero también a descreerles y temerles. La depresión de 1929 cambió las circunstancias y una doble dinámica se precipitó con rapidez: primero, el “proceso de reflujo y derrota del movimiento obrero (1929-1932)” y luego el “ascenso del movimiento de masas (1933-1938)”. En ambos momentos, y sobre todo en el segundo, el PCM manifestaría graves incapacidades (teóricas, analíticas, políticas y organizativas); éstas se evidenciarían en su repentino cambio “de la clandestinidad ultraizquierdista al seguidismo de la burguesía”.⁷⁶ El PCM que había consignado “¡Con Cárdenas no, con las masas cardenistas sí!”,

⁷⁵ Véanse las entrevistas de Hernán Laborde, Valentín Campa y José Revueltas en ANGUIANO y PACHECO, *Cárdenas y la izquierda mexicana*.

⁷⁶ “En un principio, los comunistas parecieron adoptar una política acertada ante el fenómeno del cardenismo — ‘con Cárdenas no, con las masas cardenistas sí’ — pero abandonaron esa política por varias razones que confluyeron: 1) la hábil e inteligente política cardenista que los envolvió; 2) la política de la Internacional Comunista les impuso la política de frente popular y de ‘unidad’ a toda costa; 3) la fuerza de la burocracia sindical; 4) su stalinización los volvió incapaces de constituirse en un

redefiniría el concepto que tenía del nuevo régimen como “burgués democrático de avanzada”, para limitarse a seguirlo. El carácter de avanzada se refería lo mismo a su adelanto para la época que al ritmo con que “completaba las etapas de destrucción feudal” o la derrota de conservadores o al elevar las condiciones de vida proletarias. El carácter democrático, como ya señalamos, se refería a la obsecuencia con que facilitaba la participación política de los trabajadores y no al tema electoral.

Su “seguidismo” y la hábil cooptación cardenista terminarían, a juicio de Anguiano y Pacheco, por revitalizar al régimen bonapartista de Cárdenas. Esta caracterización de bonapartista es aceptada por otros autores, como Shulgovski, y será sugerente por el pretorianismo que le subyace pero sobre todo por referir circunstancias vitales del campesino parcelario mexicano, tales como su aislamiento, dispersión e incapacidad para generar una representación social propia con la consecuente enajenación de ésta⁷⁷

verdadero partido de vanguardia.” Véase ANGUIANO y PACHECO, *Cárdenas y la izquierda mexicana*.

⁷⁷ “En la medida en que millones de familias viven bajo condiciones económicas de existencia que las distinguen por su modo de vivir, por sus intereses y por su cultura de otras clases y las oponen a éstas de un modo hostil, aquéllos forman una clase. Por cuanto existe entre los campesinos parcelarios una articulación puramente local y la identidad de sus intereses no engendra entre ellos ninguna comunidad, ninguna unión nacional y ninguna organización política, no forman una clase. Son, por tanto, incapaces de hacer valer su interés de clase en su propio nombre, ya sea por medio de un parlamento o por medio de una Convención. No pueden representarse, sino que tienen que ser representados. Su representante tiene que aparecer al mismo tiempo como su señor, como una autoridad por encima de ellos, como un poder ilimitado de gobierno que los proteja de las demás clases y les envíe desde lo alto la

y que reflejan líneas importantes del proceso revolucionario mexicano. Aunque Basurto simpatiza con las nociones anteriores también procura interiorizarse en lo que podría ser la utopía del régimen: formar una república de cooperativas. Obvia y diametralmente distinto de la presunta intención “comunista” con el que lo etiquetaron múltiples opositores, casi todos coetáneos procedentes de sectores cristianos y de clases media y alta preocupados por la política de intervención y expropiación del Estado cardenista.

Más bien escasos son los intentos de situar a Cárdenas como constructor de la democracia, en el sentido amplio o moderno del término, como sucede con Gall⁷⁸ quien —por desgracia— no aborda el complejo escenario de la sucesión presidencial de 1940, ni la violencia que supuso el proceso de consolidación de la CTM y que Cárdenas toleró. Procesos similares ocurrieron en coyunturas y procesos locales que si bien podrían haber sido relativamente pacíficos no pueden ser ejemplos de participación democrática, como los estudiados hace muy poco por Banjtes en Sonora, Fallaw en Yucatán, Purnell en Michoacán, Valencia en Puebla o Ankerson y Martínez en San Luis Potosí,⁷⁹ o en las elecciones neoleo-

lluvia y el sol. Por consiguiente, la influencia política de los campesinos parcelarios encuentra su última expresión en el hecho de que el poder ejecutivo somete bajo su mando a la sociedad”; MARX, *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, cap. VII.

⁷⁸ GALL, “Cardenismo y democracia”.

⁷⁹ VALENCIA CASTREJÓN, *Poder regional y política nacional*. Para el ceditillismo potosino pueden verse ANKERSON, *El caudillo agrarista* y MARTÍNEZ ASSAD, *Los rebeldes*, que además de los trabajos ya citados permiten reconstruir la preservación de las viejas dinámicas de participación política en los estados y el selectivo amoldamiento, o en su caso rechazo, del cardenismo a esas prácticas.

nesas de 1935, destacadas en el estudio clásico de Nathan que sintetizan la continuidad de prácticas fraudulentas y de las graves deficiencias normativas del sistema electoral. Nathan por lo demás manifiesta simpatía hacia el régimen cardenista.⁸⁰ Claro, en la complejidad del periodo cardenista, en efecto, pueden localizarse más casos de apertura política, como sucedió en elecciones locales oaxaqueñas.⁸¹

Pero las posibles objeciones para identificarlo como demócrata no obstan para destacar su talante antifascista, como de inmediato reconociera Trotsky. Es del todo probable que Cárdenas calculara que la presencia del distinguido exiliado ruso le traería beneficios políticos adicionales, pero su medida tiene más líneas de interpretación: además del gesto humanitario y la defensa del derecho de asilo (en un contexto internacional crecientemente hostil), sería polemizado por las clases medias como un refuerzo para los socialistas mexicanos. Esto era irónico, pues con crudeza dogmática los stalinistas mexicanos acusaron a Cárdenas de introducir motivos de diferencia en el seno de la izquierda mexicana.⁸² No hay duda de que la imagen de México como país de refugio para los opositores de los regímenes totalitarios se inició con Cárdenas, pero también es cierto que Calles dio cobijo a perseguidos políticos, como sucedió con César Augusto Sandino. Desde luego, no se podría afirmar que la posición cardenista contra el régimen de Fran-

⁸⁰ Véase NATHAN, "México en la época de Cárdenas", p. 34. Texto acremente criticado en el mismo volumen por José Alvarado, Silvano Barba, Valentín Campa, Ignacio García Téllez, e incluso por Victoriano Anguiano.

⁸¹ SMITH, "Defending 'our beautiful freedom'".

⁸² ANGUIANO y PACHECO, *Cárdenas y la izquierda mexicana*.

co o la invasión italiana de Abisinia afectara la naturaleza del Estado mexicano. Tampoco podría haberlo hecho, en el caso estadounidense, la participación de la Brigada Lincoln en la guerra civil española.

Otro rasgo importante vinculado con la tipificación del régimen es la del papel desempeñado por su líder. Éste sería caracterizado de igual forma con los más antinómicos calificativos confundidos con sus atributos particulares como persona.⁸³ Desde luego, un vector distinto de esta línea interpretativa es la de considerarlo como el fundador del presidencialismo mexicano. Algo que no es claro que se haya propuesto de manera consciente; sin embargo, en su administración puede observarse de continuo un rasgo distintivo en su carácter personalista. Este rasgo, poco resaltado por trabajos anteriores, quizá pueda explicarse en la comprensión que tenía de la fragilidad de las alianzas políticas y la voluptuosidad que caracterizaba a los seguidores de la era revolucionaria.⁸⁴ De aquí parece brotar un núcleo activo de la polémica que envuelve e imbrica a la biografía del personaje con la de su régimen; pareciera que, para describir la naturaleza, funcionamiento y legado del cardenismo, es necesario caracterizarlo personalmente.

La pertinencia de trascender el mito del personaje es relevante para gran cantidad de trabajos que se ocupan del

⁸³ Y de nuevo las posiciones se dividen, los seguidores resaltarán su entereza, valor, serenidad, templanza, perspicacia, sencillez; mientras que los críticos su mendacidad, falsedad, pretensión, tortuosidad, su ser laberíntico y su hipocresía.

⁸⁴ Los ejemplos sobran y lo mismo se conocen literariamente, por ejemplo, en el maderismo del *Andrés Pérez, maderista* de Mariano Azuela; aunque también, trágicamente, en los ejecutados por las muchas rebeliones.

cardenismo y quizá aclare los porqués de su profusión historiográfica que rebasa a los que se ocupan de Carranza, Obregón o Calles. Los contrastes en las comparaciones con sus predecesores saltan a la vista: su irrefrenable tesón se oponía a la “pachudez” (expresión maderista) y dilación de Carranza. Su imagen benigna contrastaba con la sempiterna desconfianza que Obregón inspiraba incluso a sus aliados más íntimos; su popular amor proletario era muy distinto al que sentía Calles por los negocios. Tampoco se le contaban tantos muertos como a sus notables antecesores, ni recogía los odios que sembraron. Además, él parecía haber ascendido a la presidencia con tanto o más candor que Madero. Sin embargo, pese a su innegable respeto a la libertad de pensamiento,⁸⁵ apenas escuchaba alguna opinión distinta a su programa de gobierno sin importar el costo de adoptar decisiones previamente analizadas como antieconómicas o poco eficientes.⁸⁶ La buena fe de sus acciones es reconocida

⁸⁵ Entendiéndose también con esto libertad de prensa. Apenas hay duda de que Cárdenas sería, con Madero, el presidente que más sufrió del escarnio, diatriba y broma de periodistas y caricaturistas de su época y eso pese a que legalmente estos comunicadores podían ser imputables por faltas morales. No obstante y como todo en su era, su relación con periodistas afamados estaría marcada por el nacimiento de la empresa gubernamental controladora de la venta de papel periódico (PIPSA). Al respecto, pareció maquiavélico que nombrara a su otrora aguerrido crítico y siempre acomodaticio Félix Palavicini como primer director de esta compañía, en lugar de otros periodistas que parecían más afines a él, como Lauro Caloca o Miguel Alessio Robles. Sobre este maquiavelismo véase CORRO VIÑA, *¿Sucesión o reelección?*, pp. 93 y ss.

⁸⁶ Aludida constantemente entre las clases medias, comerciantes e industriales, pero que podría extenderse a su gabinete, aunque “en voz baja” y, claro, posfechada. Dos estupendos testigos podrían ser su secretario de Hacienda y el director del Banco de México; véase, SUÁ-

ampliamente por aduladores y críticos, siendo los ejemplos típicos, su reiterado anhelo por la emancipación económica de la patria o su inclinación hacia el beneficio de campesinos y obreros. Pero, de la revisión de unos y otros, de estudios pagados y académicos podría derivarse que su visión optimista de la naturaleza humana contrasta con el pragmatismo mediante el que entendía su labor estadista, en la que —claro— su objetivo básico era el dominio político.

De corte inmediatista, en su pragmatismo destacan errores administrativos de gravedad lo mismo que el trascendental acierto de la expropiación petrolera. La doble medida de la interpretación vuelve a estar presente aquí también. Una crítica típica se dirige a su capacidad de elección: la “proverbial incapacidad del grupo humano que seleccionó para trabajar con él”, afirmó Moreno Sánchez, quien veía un rasgo germinal de la corrupción institucionalizada en el desparpajo de no meditar la capacidad de las personas al ofrecerles un puesto público. El caso de Saturnino Cedillo en el Ministerio de Agricultura le resultaba ejemplar, pues aunque era “hombre de campo” lo era de la recolección de palma y lechugilla en las regiones áridas potosinas y no sabía nada más del campo; o de Silvestre Guerrero y Efraín Buenrostro en Gobernación y Petróleos.⁸⁷ Moreno, sin embargo, sabía que la elección de Cedillo se hacía pre-

REZ, *Comentarios y recuerdos*. “Gastaba *sin ton ni son*”, comentaría el director; véase CEH-Carso, doc. 43187, CMLXV. También el director de Petróleos Mexicanos, Jesús Silva Herzog, en su renuncia denunció públicamente las excesivas canonjías y los muchos engaños de los sindicalistas petroleros, así como los gastos onerosos e innecesarios de sus convenciones. *El Universal* (6 ago. 1940).

⁸⁷ MORENO, “Un estudio”.

sumiéndole deslealtad mientras que las otras dos mencionadas eran justo por lealtad. Los comunistas, a su vez, podían ver “concesiones a la clericalilla” en la designación de Cedi- llo mientras que Cárdenas podría, entre otras cosas, intere- sarse en vigilar a un competidor y acercar más a un sector del PNR con su gobierno. Por supuesto, el mayor desacierto selectivo que se le reclama a la historia es el de su sucesor, siendo una pregunta clave la de por qué prefirió a Manuel Ávila Camacho sobre Francisco Mújica. ¿En realidad creyó que Mújica traería más divisiones al país o eligió al primero creyendo que sería un presidente débil sobre el que podría influir? Las respuestas, en definitiva, abren toda suerte de especulaciones.

Realmente poca o muy escasa era la importancia de la preparación profesional de los gabinetes en los gobiernos posrevolucionarios: Cárdenas mismo podría ser un buen ejemplo del fenómeno. Sin embargo, la reiteración de esta crítica a Cárdenas expresa, en todo caso, las transformacio- nes presentes en la sociedad mexicana y en especial en sus capas medias. Entre éstas será común asociar la des-administración con corruptelas de todo tipo, mientras que los defensores la vincularán a errores y a experimentos bien- intencionados. Diversos testimonios, hemerográficos e his- toriográficos, dan cuenta de los importantes despilfarros en canonjías ocurridos en los Ferrocarriles Nacionales (sin considerar gastos financieros e inversión en infraestructu- ra) y en la ineficiencia de las obras de irrigación (de 1931 a 1934 el gobierno federal invirtió más de 36 000 000 de pesos; y de 1936 a 1938 invirtió más de 86 000 000; más del doble de recursos se reflejaron en una producción agrícola casi estancada). No es menos paradójico que los obreros más

beneficiados por el cardenismo hayan sido los menos leales al régimen, exigiéndole mayores prebendas que minarían su aprobación al final de su periodo.⁸⁸ Entre éstos hubo ferrocarrileros, mineros, electricistas y tranviarios.⁸⁹ Hay también un dejo de ironía en que no facilitara la sindicalización de los trabajadores bancarios y en que con el tiempo éstos hayan disfrutado, comparativamente, de mayores beneficios. Estas circunstancias motivarían que su régimen fuera caracterizado de populista, concepto que si bien permanece acrisolado en el imaginario mexicano no es el preferido ni parece el más desarrollado por los estudiosos del periodo.

LOGROS Y FRACASOS

En términos generales, la mayoría de los estudiosos del periodo aceptarían que el sexenio del general Cárdenas se precipita o condensa en cuatro años. En ese lapso se concentran los principales cambios: la sustitución del grupo político que dominaba la escena nacional (el callismo), la educación socialista, los repartos agrarios masivos (en La Laguna, Yucatán, Sonora, Baja California, Michoacán), la expropiación petrolera, la transferencia de los ferrocarriles nacionales a sus trabajadores y la llamativa permisividad con la que

⁸⁸ VERA, *La pesadilla ferrocarrilera*. El sentir se expresa también en AZUELA, *Nueva burguesía*. LÓPEZ PARDO, *La administración obrera*; el intento de elevar las tarifas a las cargas de empresas mineras y el rechazo de Cárdenas es uno de los motivos de tensión con los trabajadores que arruinará el experimento.

⁸⁹ Para un recuento de éstos en el almanismo véase CONTRERAS, *México 1940*, pp. 80 y ss.

se toleró (¿o la fomentó?) el ascenso de las luchas sindicales que reorganizarían el movimiento obrero hacia un mayor predominio de la CTM, la devaluación del peso y la recepción en el país de emigrantes y exiliados de todas latitudes.

Pero por su complejidad, ninguno de estos procesos, se presentó exento de ironías. Una crucial es que la expropiación (determinada por la menor producción mexicana y el traslado de inversiones a Venezuela, por las diferencias entre las compañías extranjeras, por sus insulsos alegatos ante la Suprema Corte de Justicia, por el radicalismo obrero, etc.) no haya sido planeada, mientras que la devaluación fuera retrasada con premeditación. Pero, como suele suceder bajo regímenes autoritarios, el pueblo entendió las cosas al revés: la expropiación le pareció producto de una jugada maquiavélica y la devaluación el costo que por desgracia había que pagar por las políticas nacionalizadoras.

Hay que subrayar que la devaluación obedecía a un proceso independiente del conflicto judicial y de los sindicales que condujeron al desenlace político y diplomático de la expropiación. Si bien no hay espacio para detallar las razones de la devaluación de 1938, podríamos resumir en tres sus causas más importantes: la diferencia de precios entre México y su principal socio comercial,⁹⁰ el mal desempeño del sector real de la economía (manifiesto en menor productividad y costos de producción más altos) y los ajustes

⁹⁰ En 1935, al inicio del cardenismo, México comerciaba con 91 países, pero con 7 se concentraba 90% del intercambio: "EUA (63.69%), Alemania (8.76%), Gran Bretaña (8.60%), Francia (2.87%), Bélgica (2.05%), Holanda (1.84%) y España (1.69%)"; los 84 países restantes sumaban 10.5% complementarios. Véase MARTÍNEZ CABAÑAS, "El comercio entre México y España".

preventivos del sector financiero (no sólo por la siempre citada fuga de capitales que sucedió en 1937 o por las modificaciones a la política de redescuentos del Banco de México, sino también por la contracción crediticia de los bancos privados). En conjunto, estos fenómenos desequilibraron la economía doméstica (en la que se observaban transferencias importantes de ingreso del campo a la ciudad)⁹¹ y la balanza comercial hasta el punto de que las autoridades del Banco de México consideraban que ya era inevitable devaluar el peso al final de 1937.⁹² No hay duda de que la expansión del gasto público empezaba a tener consecuencias más allá del déficit presupuestal manifiesto en el crecimiento del sobregiro con el banco central.

La etapa radical del cardenismo terminaba. La dificultad de encontrar mercados para vender el petróleo⁹³ y la devaluación del peso motivarían en Cárdenas un cambio de políticas económicas: se detendría el reparto, el ciclo expropiatorio y se perseguiría conciliar al trabajo con el capital. Pero, no obstante el giro político económico del gobierno, continuó prevaleciendo popularmente su imagen radical, aunque el despliegue anticipado de la carrera por la sucesión presidencial igual recargaba la atmósfera de las polémicas políticas. El país se movía con rapidez, Knight ha observado que se movía en un régimen de contraciclos: cuando la economía se “introvertía” la política internacional se “extro-

⁹¹ WARMAN, *Y venimos a contradecir*; destacó esta transferencia.

⁹² Véase carta de Miguel Palacios Macedo a Luis Montes de Oca, 23 de diciembre de 1937; CEH-Carso doc. 30529; CMLXXV.

⁹³ Cárdenas había declarado que no comerciaría el petróleo mexicano con las potencias del eje pero pronto incumplió su palabra, como Hitler la de pagarle. Véase SCHULER, *Mexico between Hitler and Roosevelt*.

vertía”, o cuando comenzó a acentuarse el proteccionismo económico, los mexicanos ya comprendían más sus propios conflictos como parte de un proceso global.⁹⁴

Y los ejemplos excedían a la economía, pues asuntos antes domésticos y cotidianos como la educación implicaban ahora una dimensión de política internacional.⁹⁵ En principio porque la educación “estaba en el corazón del conflicto ideológico”; porque se entendía que “en el salón de clases estaba la batalla por el control de la conciencia de una nueva generación de mexicanos”. La lucha tenía que ser ganada a la religión y la Iglesia contraatacaría criticando el objetivo extranjerizante del proyecto educativo cardenista.

Un proyecto que tenía mucho de heredados, pues la educación socialista obedecía más a una consolidada inercia populista y a la promoción de congresistas radicales que al interés del propio Cárdenas. No obstante, es claro que él emplearía a los maestros como “vanguardia” civil contra el clero y poderes caciquiles de estados y pueblos. Y aquí cabe preguntar si el cardenismo fue una imposición “desde el poder”. Esta pregunta recorrió la sugerente investigación de Vaughan, para quien la construcción del Estado atraviesa por una compleja y cotidiana tensión entre demandas populares e intereses gubernamentales. Es claro que la complejidad de esta interacción tenía como razón fundamental la propia debilidad del Estado, pues esta condición le obligaba a la negociación como método de sobrevivencia. No extraña

⁹⁴ KNIGHT, “Cardenismo. Juggernaut or jalopy”, p. 18.

⁹⁵ Entre los muchos ejemplos que pueden citarse del interés por influir en la modificación del artículo 3º constitucional y la influencia del Plan Sexenal del PNR y por los cuales el gobierno mexicano se acercaba al nazi alemán y al comunista ruso, está MAC FARLAND, *Chaos in Mexico*.

entonces que el modelo de comunicación maestros-comunidad no se determine sólo por el antagonismo, sino también por la negociación y la resistencia como notas características en el esfuerzo centralizador cardenista. Las “cartillas de divulgación socialista”, la práctica de cantar la “Internacional” antes de clase preexistían, por cierto, al cardenismo que enfrentó durante su campaña educativa socialista no sólo a la Iglesia y a los cacicazgos sino una amplia diversidad lingüística y antropológica para la que no estaba preparado.

Los maestros no tenían por qué ser furibundos iconoclastas para provocar hostilidad. En las comunidades indígenas donde los maestros amenazaron con trasladar el cementerio, pisaron un verdadero campo minado. Los nahuas veneraban a sus antepasados. La muerte tenía un significado vívido e intrincado, que se mantenía por medio del ritual diario, el simbolismo y ciertas creencias que relacionaban el cuerpo y el alma humanos con la naturaleza y con el diablo. Cuando los maestros lanzaron la campaña contra el alcohol, parecieron olvidar el importante papel del licor al sacralizar cada hecho del ciclo de la vida, haciéndola segura y disfrutable. Cuando los maestros denunciaron las fiestas religiosas y el mantenimiento de la iglesia como tiempo y dinero perdidos no vieron que el trabajo ritual era básico para el sustento de la comunidad, tanto como el trabajo productivo. Chocaron con las enseñanzas de los ancianos del pueblo, quienes controlaban las dimensiones tanto seculares como religiosas de la vida comunitaria. La política de la educación socialista dio a las élites una carta de triunfo en un momento propicio. Pudieron presentarse como protectoras de indios como de blancos contra un proyecto ajeno, urdido por el demonio. Mientras sacerdotes de Tlatlauqui, Zacapoaxtla y Cuetzalan encabezaban

las legiones —según decíase— contra la escuela impía, por los poblados empezaron a circular rumores de pesadilla.⁹⁶

Aunque la cita corresponde a la experiencia serrana del centro del país y Vaughan se cuida de establecer generalizaciones —inclusive para Puebla—, hay pautas similares con Sonora, los altos de Chiapas, Guerrero y otras localidades consignadas por la historiografía especializada.⁹⁷ Una conclusión de la autora es que con independencia de sus muy desiguales resultados, para 1939, la educación socialista había llegado a su fin; “su compromiso con la transformación de la conducta podría sacrificarse o aplazarse”, pues su principal objetivo, la lealtad de las masas, se había logrado a través del PRM.

La sucesión de 1940 también representa un reto formidable para la historiografía. Los “sectores progresistas” y de izquierda le reclamaron haber traicionado a la Revolución designando como sucesor a Manuel Ávila Camacho en lugar de a Francisco Mújica, cuyo perfil era más afín a su política social. Michaels reconstruyó el ambiente de presiones que rodearon a Cárdenas hacia el final de su gobierno.⁹⁸ En un juicio plausible, muestra a Cárdenas atento a la posibilidad de que nuevos y mayores conflictos internos se combinen con el complicado escenario que anuncia el ini-

⁹⁶ VAUGHAN, *La política cultural en la Revolución*, pp. 216 y ss.

⁹⁷ QUINTANILLA, “La reforma educativa”, da cuenta de esta preocupación que ha continuado manifestándose en tesis doctorales e investigaciones regionales. SIERRA NIEVES, *La educación socialista*; LOYO, “Popular reactions to the educational reforms of cardenismo”; GUILLINGHAM, “Ambiguous missionaries”.

⁹⁸ MICHAELS, “The crisis of cardenismo”.

cio de la segunda guerra mundial. Ante estas circunstancias habría preferido no echar más leña a la hoguera y elegir un candidato relativamente débil, moderado, reconocido como administrador, conocedor de los entresijos del ejército. A quien, de cualquier modo, debió imponer en medio de gran escándalo y acusaciones de fraude⁹⁹ realizadas desde el almanismo, en calidad del movimiento opositor mejor constituido de la coyuntura.¹⁰⁰ Cárdenas no se inclinó por un aliado moderado porque no perseguía establecer un sistema socialista sino consolidar los logros de su gobierno por la vía de conservar el predominio de su grupo en el siguiente gabinete. Pero esto último no ocurrió sino escasamente y ese político genial y maquiavélico que creó una nueva hegemonía sobre el movimiento obrero y campesino entregó su creación a fuerzas más bien conservadoras. Cárdenas eligió a un militar-burócrata, según Gonzalo N. Santos —testigo tan lúcido como cínico y quien nunca se impresionó por la

⁹⁹ Claro, no todos percibieron fraude en la jornada electoral del 7 de julio de 1940, sino —a lo más— “gran falta de equidad en el escrutinio” y una ley electoral “inadecuada”. Véase TOWNSEND, *Lázaro Cárdenas*.

¹⁰⁰ Una de las críticas más conocidas es la de MENA BRITO, *El P.R.U.N.* Excarrancista, opositor y luego simpatizante de Calles, y líder en la Asociación Revolucionaria Mexicanista, fue un aguerrido crítico de Cárdenas pero como nacionalista le reconocía “su actitud digna para tratar los problemas internacionales; muy especialmente la recuperación de las fuentes petroleras”. Aunque en “su afán de querer mejorar a los de abajo nunca encontró procedimientos prácticos ni hombres honrados para conseguir sus fines”, reiteró otros corrillos comunes: “su escasa capacidad para resolver los grandes problemas que abordó”, o “su ningún escrúpulo para llevar a cabo sus caprichos”, por más que empobrecieran a regiones enteras del país, como en su natal Yucatán. Claro, Mena sabía que el problema yucateco era más longevo, él ya lo había denunciado en su *Bolchevismo y democracia*, pero ahora el personalismo de Cárdenas lo había agravado y él ya no quería establecer matices.

exaltación que hiciera el general Cárdenas de sus presuntos rasgos civilistas—, porque “los gobernadores no influirían en el ánimo del Presidente tanto como el ejército”.¹⁰¹ En cualquier caso ni el candidato elegido ni la contienda electoral tendrían la imagen que Cárdenas hubiera deseado para rematar la historia de su propio gobierno: la de una transición a los regímenes plenamente civiles y ésta, más bien, quedaría definida, como ocurrió, por y en el ejército; era una “transición” en sus filas y garantizada por éstas. Es difícil conceder, en consecuencia, que pese al ascenso de los movimientos sociales el cardenismo haya representado —históricamente— un periodo político de “puertas abiertas”.

ANOTACIONES FINALES

La historiografía política del cardenismo continúa siendo una de las más abiertas a la polémica pese a que ya registra consensos importantes, como los que ocurren en investigaciones recientes sobre la educación socialista y el papel de los maestros rurales, o el de éstos en la aún candente cuestión religiosa, o en el ascenso de los movimientos laborales y el papel de las organizaciones obreras y campesinas. La dificultad para trazar generalizaciones válidas nacionales ha conducido a estudios regionales o estatales cada vez

¹⁰¹ [...] “mientras que él [Cárdenas] sí ejercita su influencia en ellos [los gobernadores], el ejército repudia a Mújica y muy numerosos jefes militares, por no decir la mayoría, están tratando con el general Manuel Ávila Camacho y a él se han acogido para que les sirva de bandera contra el peligro de Mújica”. Véase sus *Memorias*, p. 648. Santos encabezaba una fracción senatorial de la experimentada élite política opuesta al almazanismo y descontenta con las políticas cardenistas.

más afinados que revelan las complicaciones “estratégicas” afrontadas por el general, lo mismo con sus pretendidos seguidores que con el amplio abanico de los sectores sociales que se resistieron o se opusieron a políticas de su gobierno. Por otra parte, es de destacar que los lugares comunes y la reiteración de perspectivas y argumentos ofrecidos en versiones de los años treinta todavía tengan un peso importante en la divergencia de las interpretaciones o, al menos, en el empleo o quizá, más bien, en la proyección un tanto anacrónica de conceptos, como el de “democracia”, “campesino”, “socialismo”, que forman parte de la estructura analítica más discutida desde el final de los años ochenta. Apenas hay duda de que el neocardenismo tuvo un impacto decisivo para el alargamiento de esa proyección. Quizá también haya contribuido a prolongar el efecto de predominio que la imagen personal del general Cárdenas ejerce sobre la historia de su régimen presidencial.

Su carácter de apariencia benevolente y su talante de trato moderado presentan un obstáculo para distinguir sus decisiones, en apariencia consensadas, respecto de las que eran criticadas incluso en sus círculos más íntimos. Naturalmente, como político experimentado, Cárdenas recorría el camino de pulsar, consultar pero no hay evidencia clara de que en esta ruta prefiriera el consenso. Éste era secundario respecto de decisiones generales nacionalistas, populares, interesadas en colectivos o en beneficiar a los enemigos de los adversarios y a la pragmática de las coyunturas. No fue anormal que la “noble ansiedad característica en él”¹⁰²

¹⁰² Así lo recordaba el ex gobernador yucateco Esteban Durán Rosado. DURÁN ROSADO, *Cárdenas y el gran ejido*.

para alcanzar los mejores fines trajera consecuencias que agravaran los problemas que se proponía resolver. Los ejidos no resolvieron el problema de la pobreza en el campo que, comparativamente, transferiría una mayor cuota de su ingreso a las ciudades; tampoco la “administración” obrera de los ferrocarriles contribuyó a solucionar los problemas de la empresa, sino que añadió un déficit mayor y desplegó una verdadera guerra contra la población civil.¹⁰³ Sectores amplios, populares y de clase media resistieron e incluso combatieron su proyecto educativo de etiqueta socialista, siendo más bien antirreligioso y dirigido al fomento del deporte, de las cooperativas y, en general, del cambio cultural. Dicho proyecto y el peculiar sesgo de su intervención económica del Estado mediante expropiaciones, reparto agrario y nacionalizaciones ocasionarían múltiples tensiones con terratenientes, empresarios extranjeros y nacionales, la Iglesia, gobernadores estatales y sectores medios de la población. Una impresionante ola de huelgas y movimientos sindicales, como nunca antes se había visto en la historia mexicana, añadió la percepción de que la revolución mexicana transitaba hacia la formación de un régimen socialista o por lo menos hacia una “tercera vía”. El complicado escenario internacional, en el que todos los modelos

¹⁰³ Además, claro del pésimo servicio que brindaba y que llevó a la población a celebrar la llegada de los camiones y “de los nuevos proyectiles llamados automóviles” que convertía a los peatones de la ciudad de México en verdaderos toreros; la celebración y la comparación en ELGUERO, *Ayer, hoy y mañana*, pp. 217 y 234. La debacle en VERA, *La pesadilla ferrocarrilera*. No obstante, hay que anotar que esta sustitución o competencia de medios fue marcada por muchos contratiempos; así, deficiencias de los nuevos caminos “petrolizados” harían regresar a los pasajeros a los trenes aunque su servicio no mejorara.

políticos modernos estaban en juego (democracia, socialismo, monarquismo, nazismo y fascismo), lo hacía plausible. Sin embargo, la integración del ejército, de los sindicatos nacionales de industria y de la CTM al recién transformado partido oficial (PRM) atenuaron las manifestaciones más graves de esas tensiones.

A Cárdenas se le criticó la falta de mundo y de educación formal, pero de su formación lo que quizá haya que echar “mucho más de menos” sea la poca reflexión con la que pensó su único trabajo formal como “meritorio” en la oficina fiscal de Jiquilpan. Su biografía no se aleja demasiado de la casuística implícita en la formación de un joven de su tipología social, salvo por su fulgurante ascenso como revolucionario. Así, la escolaridad pudo haber sido un poco menor o un tanto mayor y el dominio de un oficio (en su caso cajista en la imprenta La Económica; propiedad del administrador de Rentas de Jiquilpan) pudo haber variado sin dotarle de mayor excepcionalidad formativa. Por ello atrae la atención que su gobierno delegara a un sitio secundario la importancia transgeneracional de la recaudación y el buen manejo de las finanzas públicas independientemente de la dirección política que persiguiera (esto no obstante sus gravámenes a la plata, capitales ausentistas o, al final de 1939, la ley del superprovecho o las modificaciones catastrales). Sobre la poca atención que dio al fisco quizá haya sido voz popular la expresión de Gonzalo N. Santos: “Cárdenas desató tempestades en Hacienda: *bailó allí un jarabe de seis años*.”¹⁰⁴

¹⁰⁴ SANTOS, *Memorias*.

SIGLAS Y REFERENCIAS

- CEH-Carso Centro de Estudios Históricos, Carso, CMLXV, fondo, *Luis Montes de Oca*, México. XXXI-2, fondo *Congreso Constituyente*, colección José Mendoza, México.
- ABASCAL, Salvador
Lázaro Cárdenas. Presidente comunista, México, Tradición, 1988.
- ADLER, Ruth
“Experiments in Worker Participation in The Administration of Industry in Mexico during the Presidency of Lázaro Cárdenas”, tesis de doctorado en historia, Australia, La Trobe University, 1992.
- ÁGUILA, Marcos y Alberto ENRÍQUEZ PEREA (coords.)
Perspectivas sobre el cardenismo, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 1996.
- ÁGUILA, Marcos, Alberto ENRÍQUEZ PEREA y Luis ANAYA MERCHANT
Personajes, ideas y voluntades [en prensa].
- ALANIS, Fernando
El gobierno del general Lázaro Cárdenas, 1934-1940. (Una visión revisionista), San Luis Potosí, Cuadernos de El Colegio de San Luis, 2000.
- ALMADA, Pedro J.
99 días en jira con el presidente Cárdenas, México, Ediciones Botas, 1943.
- ALMADA BAY, Ignacio
La conexión Yocupicio. Soberanía estatal y tradición liberal en Sonora, 1913-1939, México, El Colegio de México, 2009.

ALMAZÁN, Juan Andrew

Memorias del General Juan Andrew Almazán. Informe y documentos de la campaña política de 1940, México, Senado de la República, 2003.

ANDA, Gustavo de

El cardenismo. Desviación totalitaria de la revolución mexicana, México, edición del autor, 1974.

ANGUIANO EQUIHUA, Victoriano

Lázaro Cárdenas; su feudo y la vida política nacional, México, «El libro oculto», 1989.

ANGUIANO, Arturo y Guadalupe PACHECO

Cárdenas y la izquierda mexicana, México, Juan Pablos Editor, 1975.

ANKERSON, Dudley

El caudillo agrarista. Saturnino Cedillo y la revolución mexicana en San Luis Potosí, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, Gobierno de San Luis Potosí, 1994.

ARREOLA CORTÉS, Raúl

Lázaro Cárdenas, un revolucionario mexicano, Morelia, Ediciones Conmemorativas del Centenario de Lázaro Cárdenas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1995.

AZUELA, Mariano

Avanzada, México, Botas, 1940.

Nueva burguesía, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, «Lecturas Mexicanas, 75».

Andrés Pérez, maderista, México, Universidad Pedagógica Nacional, 2002.

BANTJES, Adrian A.

As if Jesus Walked on Earth: Cardenismo, Sonora, and the Mexican Revolution, Wilmington, Del., Scholarly Resources, 1998.

BASURTO, Jorge

Cárdenas y el poder sindical, México, Era, 1983.

BAUTISTA ZANE, Refugio

Educación y revolución en Michoacán. La gubernatura del general Lázaro Cárdenas, 1928-1932, México, Dirección de Difusión Cultural, Universidad Autónoma de Chapin-go, 1991.

BAZANT, Mílada (ed.)

Ideas, valores y tradiciones. Ensayos sobre la historia de la Educación en México, México, El Colegio Mexiquense, 1996.

BECKER, Marjorie

Setting the Virgin on Fire. Lázaro Cárdenas, Michoacán Peasants, and the Redemption of the Mexican Revolution, Berkeley, University of California, 1995.

"Black and white and color: Cardenismo and the search for a campesino ideology", en *Comparative Studies in Society and History*, 29:3 (1987), pp. 453-465.

BEEZLEY, William

Rituals of Rule, Rituals of Resistance, Wilmington, Delaware, Scholarly Resources, 1994.

BENÍTEZ, Fernando

Lázaro Cárdenas y la revolución mexicana, México, Fondo de Cultura Económica, CREA, 1977, 3 vols.

Cárdenas y la revolución mexicana, México, Secretaría de Educación Pública, Conasupo, «Cuadernos Mexicanos», s. f.

BORQUEZ, Djed (seud. Juan de Dios BOJÓRQUEZ)

Lázaro Cárdenas (líneas biográficas), México, Imprenta Mundial, 1933.

BOYER, Christopher R.

Becoming Campesinos. Politics, Identity, and Agrarian Struggle in Postrevolutionary Michoacán, 1920-1935, Stanford California, Press, Stanford University, 2003.

CABRERA, Luis

Un ensayo comunista en México, México, Polis, 1937.

“Las dos revoluciones”, en *Veinte años después*, México, Ediciones Botas, 1937.

CÁRDENAS, Lázaro

Obras: I. Apuntes, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1972-1974.

Palabras y documentos públicos, 1928-1970, México, Siglo Veintiuno Editores, 1978-1979, 3 vols.

CARMONA, Fernando (coord.)

Vigencia del cardenismo, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Nuestro Tiempo, 1990.

CONTRERAS, Ariel

México 1940. Industrialización y crisis política, México, Siglo Veintiuno Editores, 1977.

CÓRDOVA, Arnaldo

La política de masas del cardenismo, México, Era, 1974.

CORREA, J. Eduardo

El balance del cardenismo, México, Talleres Linotipográficos “Acción”, 1941.

CORRO VIÑA, José Manuel

Cárdenas frente a Calles, México, s. e., 1935.

El presidente Cárdenas ¿nos lleva hacia la dictadura del proletariado?, México, Orientación, 1936.

¿Sucesión o reelección del presidente Cárdenas?, México, s. e., 1939.

Lázaro Cárdenas frente al odio de los sectarios, México, Folleto publicado por Juan Peralta, 1946.

CREVENNA, Theodore R. (ed.)

La clase media en México y Cuba: materiales para el estudio de la clase media en América Latina, Washington, Unión Panamericana, 1950.

CUESTA, Jorge

“La idea del plan y el ‘plan sexenal’”, en *Ensayos políticos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990.

DURÁN ROSADO, Esteban

Cárdenas y el gran ejido benequenero de Yucatán, México, Costa-Amic Editores, 1963.

DURAND PONTE, Víctor

La ruptura de la nación. Historia del movimiento obrero desde 1938 a 1952, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986.

ELGUERO, José

Ayer, hoy y mañana, México, Polis, 1941.

FALLAW, Ben

Cárdenas Compromised. The Failure of Reform in Postrevolutionary Yucatan, Durham, Duke University Press, 2001.

FOIX, Pere

Cárdenas, México, Trillas, 1971.

FUENTES DÍAZ, Vicente

Ascenso y descenso revolucionario bajo Cárdenas, México, Altiplano, 1977.

GALL, Olivia

“Cardenismo y democracia: los hombres, las ideas, las leyes, las posibilidades y los límites”, en ÁGUILA y ENRÍQUEZ, 1996, pp. 227-262.

GARCÍA TREVIÑO, Rodrigo

“Agrarismo revolucionario y ejidalismo burocrático”, en *Problemas agrícolas e industriales de México*, v:4 (1953), pp. 27-66.

GUILLINGHAM, Paul

“Ambiguous missionaries: rural teachers and state facades in Guerrero, 1930-1950”, en *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, 22:2 (ago. 2006), pp. 331-360.

GILLY, Adolfo y Cuauhtémoc CÁRDENAS

Tres imágenes del General, México, Taurus, 1997.

GUERRA MANZO, Enrique

Caciquismo y orden público en Michoacán, México, El Colegio de México, 2002.

GOJMAN, Alicia

Camisas, escudos y desfiles militares. Los Dorados y el antisemitismo en México (1934-1940), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

HERNÁNDEZ CHÁVEZ, Alicia

La mecánica cardenista, México, El Colegio de México, 2005.

KLUCKHOHN, Frank

The Mexican Challenge, Nueva York, Doubleday, Doran & Co., 1939.

KNIGHT, Alan

“Lázaro Cárdenas, el caciquismo y la tradición de Tezcatlipoca”, en AGUILA, ENRÍQUEZ PEREA y ANAYA [en prensa].

“Cardenismo. Juggernaut or jalopy?”, en *Journal of Latin American Studies*, 26:1 (1994), pp. 73-107.

KRAUZE, Enrique

El sexenio de Lázaro Cárdenas, México, Clío, 1999.

KRAUZE, Enrique y Aurelio DE LOS REYES

General misionero, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

LARROA TORRES, Rosa María

“Cárdenas y la doble vía del desarrollo agrario”, en ÁGUILA y ENRÍQUEZ PEREA (coords.), 1996, pp. 263-296.

LEÓN, Samuel e Ignacio MARVÁN

La clase obrera en la historia de México; en el cardenismo (1934-1940), México, Siglo Veintiuno editores, Universidad Nacional Autónoma de México, 1985.

LÓPEZ PARDO, Gustavo

La administración obrera de los Ferrocarriles Nacionales de México, México, Universidad Nacional Autónoma de México, El Caballito, 1997.

LOYO, Engracia

“Popular reactions to the educational reforms of cardenismo”, en BEEZLEY, 1994, pp. 247-260.

MAC FARLAND, Charles

Chaos in Mexico. The Conflict of Church and State, Nueva York y Londres, Harper & Brothers Publishers, 1935.

MACÍAS RICHARD, Carlos

Plutarco Elías Calles. Correspondencia personal, 1919-1945, introducción, selección y notas de Carlos Macías, México, Fondo de Cultura Económica, Gobierno del Estado de Sonora, Fideicomiso Archivo Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca, Instituto Sonorense de Cultura, 1993.

MALDONADO GALLARDO, Alejo

“La Confederación Michoacana Revolucionaria del Trabajo y su participación en el reparto de tierras”, tesis de licenciatura en historia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1983.

MANJARREZ, Froylán y Gustavo ORTIZ HERNÁN

Lázaro Cárdenas. Soldado de la revolución, gobernante, político nacional, México, Talleres de la Editorial Patria, 1933.

MÁRQUEZ, Miguel

El verdadero Tlaxcalaltongo. ¿Quiénes son los responsables de la tragedia?, Méjico, A. P. Márquez editor, 1941.

MARTÍNEZ ASSAD, Carlos

Los rebeldes vencidos. Cedillo contra el Estado cardenista, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Fondo de Cultura Económica, 1990.

MARTÍNEZ CABAÑAS, G.

“El comercio entre México y España”, en *El Trimestre económico* (1937), pp. 55-74.

MARTÍNEZ DEL RÍO, Pablo

El suplicio del hacendado y otros temas agrarios, México, Polis, 1938.

MARTÍNEZ SALDAÑA, Tomás

El costo social de un éxito político, México, Colegio de Postgraduados Chapingo, 1980.

MARX, Karl

El dieciocho brumario de Luis Bonaparte, Barcelona, Ariel, 1971.

MENA BRITO, Bernardino

El P.R.U.N., Almazán y el desastre final, México, Ediciones Botas, 1941.

Bolchevismo y democracia: pugna entre dos partidos políticos durante la revolución constitucionalista, México, M.A. Mena, 1933.

MEDIN, Tsziv

Ideología y praxis política de Lázaro Cárdenas, México, Siglo Veintiuno Editores, 1983.

El minimato presidencial: historia política del maximato 1928-1935, México, Melo, «Problemas de México», 1991.

MICHAELS, Albert

“The crisis of cardenismo”, en *Journal of Latin American*, 2:1 (mayo 1979), pp. 51-79.

MIDELBROOK, Kevin

The Paradox of Revolution. Labor, State and Authoritarianism in Mexico, Baltimore y Londres, Johns Hopkins Press, 1995.

MORENO SÁNCHEZ, Manuel

“Más allá de la revolución mexicana”, en *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, VII:2 (abr.-jun. 1955), pp. 251-245.

“Un estudio norteamericano sobre Cárdenas”, en *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, VII:3 (jul.-sep. 1955), pp. 237-257.

MÚJICA MARTÍNEZ, Jesús

La Confederación Michoacana Revolucionaria del Trabajo, México, Ediciones y Distribuciones, 1982.

NATHAN, Paul

“México en la época de Cárdenas”, en *Problemas agrícolas e industriales de México*, VII:3 (jul.-sep. 1955), pp. 162-173.

NAVARRO VALDÉS, Pavel

El cardenismo en Durango. Historia y política regional, 1934-1940, Durango, Instituto de Cultura de Durango, 2005.

NIBLO, Stephen

México en los cuarenta. Modernidad y corrupción, México, Oceano, 2006.

OIKIÓN, Verónica

Los hombres del poder en Michoacán, 1924-1962, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2004.

PAREYÓN, Armando

Cárdenas ante el mundo, México, La Prensa, 1973.

PÉREZ-VERDÍA, Benito Xavier

Cárdenas apóstol vs. Cárdenas estadista, México, s. e., 1940.

PINCHON, Edgcomb

Viva Villa! A Recovery of The Real Pancho Villa, Peon, Bandit, Soldier, Patriot, Nueva York, Harcourt, Brace, 1933.

PINEDA, Salvador

Presencia de Cárdenas. Cinco bocetos del hombre, México, Libromex Editores, 1959.

PIÑA SORIA, Antolín

Cárdenas. Apuntes, México, 1934.

Cárdenas socialista, México, s. e., "Recopilación de los boletines de propaganda, radiados tres veces diariamente a través de la estación radiodifusora X. F. X. de la Secretaría de Educación Pública, enero a junio 1935".

QUINTANILLA, Susana

"La reforma educativa durante el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas. Un balance historiográfico", en BAZANT (ed.), 1996, pp. 183-201.

RAMÍREZ RANCAÑO, Ricardo

"La organización obrera y campesina en Tlaxcala durante el cardenismo", en *Revista Mexicana de Sociología*, 54:3 (jul.-sep. 1992), pp.

REYES, Roberto

Cárdenas humano, prólogo de Luis Chávez Orozco, s.p.i, s. f.

ROSS, Stanley

Is the Mexican Revolution Dead?, Nueva York, Alfred A. Knopf, Borzoi Books on Latin America, 1966.

SANTOS NAVA, Gonzalo

Memorias, México, Grijalbo, 1984.

SCHULER, Friedrich

Mexico between Hitler and Roosevelt. Mexican Foreign Relations in the Age of Lázaro Cárdenas, 1934-1940, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1998.

SHULGOVSKI, Anatoli

México en la encrucijada de su historia, México, El Caballito, 1981.

SEMO, Ilán

“El cardenismo revisado; la tercera vía y otras utopías inciertas”, en *Revista Mexicana de Sociología*, 93:2 (abr.-jun. 1993), pp. 197-223.

SIERRA NEVES, María Teresa

La educación socialista en el cardenismo: testimonios de algunos de los protagonistas, México, Universidad Pedagógica Nacional, 2005.

SMITH, Benjamin

“Defending ‘our beautiful Freedom’”: State Formation and Local Autonomy in Oaxaca, 1930-1940”, en *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, 23:1 (invierno 2007), pp. 125-154.

SOSA ELÍZAGA, Raquel

Los códigos ocultos del cardenismo: un estudio de la violencia política, el cambio social y la continuidad institucional, México, Plaza y Valdés, 1996.

SOLÓRZANO, Amalia

Era otra cosa la vida, México, Nueva Imagen, 1993.

SOTO CÁRDENAS, H. (ed.)

Reseña gráfica de la campaña presidencial del C. General de División Lázaro Cárdenas. Candidato popular del pueblo mexicano, 1934-1940, México, Empresa Editorial Revolucionaria, 1935.

SPENSER, Daniela

“Unidad a toda costa.” *La Tercera Internacional en México durante la presidencia de Lázaro Cárdenas*, México, Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social, 2007.

SUÁREZ, Eduardo

Comentarios y recuerdos (1926-1946), México, Senado de la República, 2003.

TOWNSEND, William Cameron

Lázaro Cárdenas. Demócrata mexicano, México, Biografías Ganesa, 1959.

VAUGHAN, Mary Kay

La política cultural en la Revolución. Maestros, campesinos y escuelas en México, 1930-1940, México, Fondo de Cultura Económica, 2001.

VALENCIA CASTREJÓN, Sergio

Poder regional y política nacional en México. El gobierno de Maximino Ávila Camacho en Puebla (1937-1941), México, Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre la Revolución Mexicana, 1995.

VERA, Antonio E.

La pesadilla ferrocarrilera, Guadalajara, Cía. Linotipográfica Guadalajara, 1943.

VILLAMIL, M.

El visionario y el hombre. La personalidad de Lázaro Cárdenas, México, s. e., 1934.

WARMAN, Arturo

Y venimos a contradecir. Los campesinos de Morelos y el Estado nacional, México, Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social, 1976.

WHETTEN, Nathan L.

"The Rise of a Middle Class in Mexico", en CREVENNA, 1950, pp. 1-29.

WILKIE, James y Edna MONZÓN

México visto en el siglo XX, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1969.

WOLFE, Mikael

“Water and revolution. The politics, ecology and technology of agrarian reforma in ‘La Laguna’, México”, tesis de doctorado en filosofía, Chicago, University of Chicago, 2009.

ZEPEDA PATTERSON, Jorge

“Los pasos de Cárdenas. La Confederación Michoacana Revolucionaria del Trabajo”, en *75 años de sindicalismo mexicano*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre Revolución Mexicana, 1986.

Periódicos

El Universal, Ciudad de México.

Excelsior, Ciudad de México.

